

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SANTA SOLEDAD TORRES ACOSTA
Y LAS MINISTRAS DE LOS ENFERMOS**

LIMA – PERÚ

**SANTA SOLEDAD TORRES ACOSTA
Y LAS MINISTRAS DE LOS ENFERMOS**

**Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta**

**Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)**

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Panorama social.

Sus primeros años.

PRIMERA PARTE: COMIENZO DE LA CONGREGACIÓN

1. El fundador.
2. Fundación de la Congregación.
3. Vida religiosa.
4. Pobreza.
5. Espíritu de sacrificio.

SEGUNDA PARTE: APOSTOLADO

1. Asistencias.
2. La protomártir.
3. Caridad.
4. Correcciones.
5. Ternura maternal.

TERCERA PARTE: BENDICIONES DE DIOS

1. Protección divina.
2. Providencia de Dios.
3. Carismas sobrenaturales.
a) Profecía. b) Conocimiento sobrenatural.
c) Curaciones. d) Conversiones.

CUARTA PARTE: DEVOCIONES

1. Eucaristía.
2. La Virgen María.
3. Virgen de la Salud.
4. Los ángeles.
5. Las almas del purgatorio.

QUINTA PARTE: LA CONGREGACIÓN AVANZA

1. La Casa general.
2. Aprobación de la Congregación.
3. Las Siervas y los Agustinos Recoletos.

SEXTA PARTE: EL OCASO

1. Última enfermedad.
2. Curaciones después de la muerte.
3. Beatificación y canonización.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de santa María Soledad Torres Acosta es una vida singular. Fue una persona aparentemente vulgar, sin nada que llamase exteriormente la atención. Era pequeña estatura y no muy agraciada. Sin embargo, Dios la colmó de abundantes bendiciones espirituales. Monseñor Toribio Minguella, obispo de Sigüenza, hablando de la Madre, afirma en una Memoria leída en un Congreso católico de Madrid: *Mujer de pobre apariencia, de vulgar aspecto, de un exterior que nada notable ofrecía, era de espíritu superior, de temple santamente enérgico y, al mismo tiempo, de carácter dulcísimo, que la hacía dueña de los corazones.*

Era una verdadera Madre para todas sus hijas. Era buena y caritativa con todos, especialmente con los más pobres, y dedicó su vida a la asistencia y salvación de los enfermos en sus propias casas. Ése es el carisma que inspiró Dios al fundador, don Miguel Martínez y Sanz. Ella fue una de las siete primeras candidatas del Instituto y la única que quedó de las siete primeras. A partir de 1856, hasta su muerte en 1887, fue la Superiora general y la verdadera fundadora, ya que el fundador desde 1856 le dejó el cuidado del Instituto.

Las Siervas de María o ministras de los enfermos, como se les llama a sus hijas, son y han sido admirables en su labor de cuidar a los enfermos a domicilio. Sobre todo en tiempo de epidemias, fueron heroicas. Cuando los mismos familiares se apartaban de los enfermos por miedo al contagio, ellas permanecían a su lado hasta el último momento y, después de su fallecimiento, los amortajaban y los preparaban para la sepultura.

Muchas de estas Siervas de María han muerto en la brecha, han dado su vida por salvar las de otros, y han empleado sus mejores energías cuidando a los enfermos en sus casas o en los hospitales. Grande ha sido su mérito ante la historia. Dios las premiará. Nosotros solamente daremos unas breves pinceladas de la Madre Soledad, de su trayectoria y de su obra sin entrar demasiado en detalles históricos, sino buscando, de modo especial, su espíritu de fundadora y el de sus hijas.

Nota.- Al citar *Panedas* nos referimos al libro del padre Pablo Panedas Galindo, *Con María junto a la Cruz*, BAC, Madrid, 1984.

Zugasti se refiere al libro del padre Juan Antonio Zugasti, *La Madre Soledad Torres Acosta*, Salamanca, 1978.

Vista por sus hijas, hace referencia al libro escrito con los testimonios de las contemporáneas de la Madre Soledad, publicado en Roma en 1984 con el título *Santa María Soledad, vista por sus hijas*.

Apuntes nos lleva al libro publicado por las Siervas de María sobre las Fundaciones y publicado en su segunda edición en Roma el año 2001.

Sum se refiere al *Summarium* (Sumario) de la *Positio super virtutibus* del proceso de canonización.

PANORAMA SOCIAL

Nuestra santa vivió en el siglo XIX, un siglo de guerras y revoluciones constantes en el seno de España. Ya en 1808, el ejército invasor de Napoleón se apoderó de España hasta 1814. Después el rey Fernando VII ocupó el trono, pero muchos españoles se sintieron decepcionados por su gobierno, porque deseaban un gobierno liberal, de corte laico y anticlerical. En 1820 las Cortes de Cádiz presentaron una Constitución liberal. En 1820 comenzó el trienio liberal, pero con alternancias se sucedieron gobiernos liberales y otros más conservadores, a pesar de que entre 1833 y 1868 reinó Isabel II, que apoyó a los católicos.

En 1835 tuvo lugar la famosa desamortización de Mendizábal, con la que el Estado se apropió de los bienes de la Iglesia y suprimió los conventos. Todos los religiosos debieron exclaustrarse y vivir como sacerdotes diocesanos sin poder vivir como religiosos en Comunidad. En el bienio *progresista* de 1854-1856 los liberales rompieron el Concordato, cerraron la Nunciatura, prohibieron la admisión de novicias en todos los conventos de religiosas, deportaron a los jesuitas, desterraron a los obispos de Urgel y de Osma y pusieron en venta los pocos bienes de la Iglesia, que todavía quedaban.

En realidad, fueron tiempos de revueltas, en los que la economía española estaba desarticulada, a causa de la independencia de las naciones americanas a principios de siglo y por la guerra de Cuba. El desastre culminó en 1898 con la guerra con Estados Unidos, perdiendo Cuba, Filipinas y Puerto Rico.

En este escenario político, adverso en gran parte para la Iglesia, aunque hubo períodos de calma, se desarrolló la vida de la Madre Soledad y de sus hijas con la admiración de todos, de izquierdas y de derechas, reconociendo que su labor era útil para la sociedad y dejándolas que hasta pudieran usar por la calle su hábito religioso.

SUS PRIMEROS AÑOS

Sus padres fueron Francisco Torres, llamado por todos Manuel, y Antonia Acosta. Eran buenos cristianos. El padre tenía unas cabras y vendía la leche para ganarse la vida. Tuvieron cinco hijos, tres varones y dos mujeres. José, que fue el primero, trabajó muchos años en los ferrocarriles y cuidó a su madre, cuando ya era anciana. La segunda era nuestra santa; el tercero Antonio, la cuarta Inocencia y el quinto Manuel, que murió a los cinco años.

Ella nació en Madrid el 2 de diciembre de 1826. El día cuatro fue bautizada por el padre Isidoro José Martínez en la parroquia de San Martín y le

pusieron por nombre Bibiana Antonia Manuela. Todos la llamaban Manuela. Su madrina de bautismo fue su abuela Antonia Ráez. Fue confirmada en esa misma parroquia el 16 de enero de 1828.

Su hermana Inocencia manifestó: *Nació mi hermana muy pequeñita y enfermiza, y, temiendo mis padres que se les muriese pronto, pusieron todo cuidado en sacarla adelante, pues en seguida comenzaron a notar en ella una inteligencia poco común en los niños de su edad, y que si bien crecía poco, tenía muy buena inclinación.*

Mis abuelos vivían en la plaza de Santo Domingo, frente al convento del mismo nombre. Cuando ya pudo andar sola, se la llevaron a su casa, donde pasaba algunos días, volviendo luego con los padres; pero, a medida que crecía, se le notaba más inclinación a estar con los abuelos que con los padres, sintiéndolo éstos mucho, pues la querían en extremo por lo obediente, callada y cariñosa que era.

Mi abuela la llevó al convento para que la conociesen las monjas dominicas. Tenían estas religiosas en la portería una Virgen en una urna, con su lamparita encendida. Como mi abuela notara un día que la niña no estaba con ella, creyó que se habría cansado de estar con los abuelos y estaría con mis padres; pero no fue así, porque, buscándola, la encontraron delante de la santísima Virgen, en la portería del convento. Sabido esto por mis padres, la dejaban más tiempo en casa de mis abuelos... Su mayor recreación era irse con la santísima Virgen, y, cuando fue mayorcita, cuidaba de la lámpara ¹.

Hablándonos un día a unas cuantas novicias, escribe sor Inés Medina, nos decía que tuviéramos mucha devoción a la santísima Virgen, sobre todo a la de los Dolores, y que ella, desde la edad de cinco años, le empezó a tener devoción por el caso siguiente: “Estando jugando con una hermana suya y, habiendo subido la otra hermanita a una silla, la empujó y cayó. A los lloros de ella acudió su madre, y enterándose de lo ocurrido y que Manuela tenía toda la culpa, la castigó poniéndola de rodillas ante un cuadro de la Virgen Dolorosa; le hizo rezar tres avemarías en cruz, y después la hizo levantarse y abrazar a su hermanita, pidiéndole perdón y diciéndole que no lo haría más”. Ya desde entonces —nos decía— me creí con la obligación de rezar estas tres avemarías que mi madre me había impuesto, y más tarde rezaba siete en memoria de los siete Dolores; y así fui creciendo en la devoción a la Virgen de los Dolores, que ha sido la que más me ha llamado la atención, y la Virgen me lo ha recompensado; nunca le he pedido una gracia que no me la haya alcanzado ².

¹ Zugasti, p. 33.

² Zugasti, p. 32.

No se sabe cuándo hizo su primera comunión, pero sí que su confesor desde niña era el padre Pablo Potenciano, un sacerdote capuchino exclaustroado como tantos miles de religiosos exclaustroados a la fuerza por el gobierno español. Después de su primera comunión, se confesaba cada siete días y comulgaba dos o tres veces por semana.

Desde niña se mortificaba en cosas pequeñas: en el comer y hasta poniéndose garbanzos en los zapatos. También le gustaba mucho orar en silencio. Se hacía cilicios y, si le preguntaban para qué hacía penitencia, respondía que oraba por la conversión de los pecadores.

Doña Francisca Tosaus, sobrina de la Madre Soledad, y don Manuel Pascual, que la conocieron cuando era niña, afirman que siempre fue una niña juiciosa y fervorosa; que desde muy pequeña su madre le confiaba el cuidado de sus tres hermanitos; que, no teniendo fuerza para manejarlos, con la maña suplía esta falta y preparaba en el suelo una especie de camitas para colocarlos en ellas. Por eso su madre la quería con preferencia. Y pues carecían de bienes materiales, como pobres que eran sus padres, la enviaron para ser educada como externa en el colegio gratuito que había en el hospital de Incurables y estaba dirigido por las Hijas de la Caridad³.

Su mayor recreación era hacer altarcitos y reunir en torno a él a varias niñas como ella, y luego, vestidas de monjitas, se ponía con ellas a rezar ante la Reina de los cielos.

Otras veces se entretenía en vestir con trajes de religiosas a las muñequitas o en cantar dulcísimas coplas a la Virgen, rezarle una y más veces el santo rosario o hacer con sus amigas procesiones en su honor⁴.

³ Zugasti, p.34.

⁴ Zugasti, pp. 35-36.

PRIMERA PARTE

COMIENZO DE LA CONGREGACIÓN

1. EL FUNDADOR

El fundador fue un sacerdote diocesano llamado Miguel Martínez Sanz. Nació en Zaragoza el 25 de noviembre de 1811. Estudió en la universidad de Zaragoza el primer año de filosofía y a los 14 años entró al Seminario conciliar de la misma ciudad. En 1835 recibió la ordenación sacerdotal en Madrid.

Fundó en su parroquia el 2 de febrero de 1845 la Cofradía de la medalla milagrosa y en 1847 la archicofradía de la oración continua para honra de Dios y de la Inmaculada Concepción de María en la capilla de *Nuestra Señora y San Juan de Letrán de Madrid*. En 1846 fue nombrado misionero apostólico por la Sagrada Congregación de Propaganda Fide. En 1848 fue nombrado teniente cura de la capilla del barrio de Chamberí de Madrid. En 1851 fundó la Institución de las Siervas de María. Recordemos que el padre Miguel era terciario del Instituto de los servitas, que se consagran a honrar los dolores de la Virgen María y concibió la fundación de modo parecido a la de los servitas. Quiso que fueran siete las primeras como siete fueron los fundadores de los servitas en Florencia y quiso, como ellos, que la fundación comenzara el 15 de agosto, fiesta de la Asunción. En 1852 recibió los grados de licenciado y doctor en teología en el Seminario de Toledo. En 1853 la reina Isabel II lo nombró capellán de honor del palacio.

Don Miguel fue el introductor y primer propagador de la devoción de la medalla milagrosa en España y escribió varias obras religiosas. También organizó una romería a Lourdes de 20.000 peregrinos con unos 1.000 sacerdotes.

En 1855 la Sagrada Congregación de Propaganda Fide lo nombró Prefecto apostólico de Fernando Póo y demás posesiones españolas del Golfo de Guinea en África.

Veamos cómo cuenta él personalmente esta aventura misionera: Cuarenta éramos al todo los que componíamos la Misión al salir de Valencia: cinco sacerdotes, un diácono, ocho catequistas, un maestro carpintero con su mujer y su anciana madre, dos aprendices del mismo oficio, un sastre, un zapatero, dos albañiles, un alpargatero y cuatro labradores. Además nos acompañaban en clase de beatas para enseñar a las niñas o asistir a los enfermos, doce señoras. Entre estos cuarenta hubo quien se alistó ya en el momento del embarque, al paso que otros se volvieron atrás pocas horas antes, y no faltó quien vino después de haber estado resuelto a venir y a retirarse diferentes veces...

Apenas subimos a la goleta el 22 de febrero, constituí a la santísima Virgen en el misterio de su Inmaculada Concepción, patrona especial de la Misión, y en virtud de un decreto extendido y firmado a bordo, mandé a mis misioneros que diesen principio a todas sus cartas con estas palabras: “Ave María Purísima, sin pecado concebida”, o cuando menos con sus iniciales, y que lo repitiesen también al tomar o entregar cualquier cosa. La santísima Virgen supo pagarnos bien cumplidamente esta pequeña devoción...

Recogí en Cádiz los efectos comprados en París y Marsella, que allí estaban en depósito. El 12 de marzo debíamos haber salido de Cádiz para Tenerife en el vapor Colón, pero el mal tiempo no nos permitió hacerlo hasta el 14, Viernes de Dolores.

El Martes Santo, al mediodía, llegamos a Santa Cruz de Tenerife, a donde todavía no había arribado nuestra goleta “Leonor”, ni lo verificó hasta el Martes de Pascua, 25 del mismo mes, después de un viaje más largo e incómodo de lo ordinario, de modo que fue preciso dar a los recién llegados algunos días de descanso, y así no salimos hasta el 1º de abril a las nueve de la noche. Estos días los aprovechamos en tomar noticias sobre las islas de nuestra Misión y en comprar muchas cosas que nos hacían falta, especialmente para vestir y dar de comer a los niños que esperábamos viniesen con el doctor Soria...

Las noticias que nos daban de la salubridad de la isla de Fernando Póo eran alarmantes; especialmente se dolía el señor Vargas de que fuéramos en la peor estación, cual es la de las lluvias; dolíanse también otros varios de que fuésemos tanta gente en un buque pequeño, y sin médico ni botica. Todo hacía augurar un fin desastroso; excitábamos la compasión de propios y extraños; aun entre los individuos de la Misión los había que querían se tomasen para mayor desahogo algunas plazas en el primer vapor inglés. Yo dejé este punto por ser de gravedad, a la elección de mis dignos compañeros los otros sacerdotes, y teniendo en cuenta que algunos de los individuos debían regresar a España por no sentirse con fuerzas físicas para continuar, que cuatro de las beatas debían quedar en Santa Cruz de Tenerife al cuidado del hospital y, sobre todo, que no contábamos con grandes recursos, se determinó que todos continuásemos en la goleta “Leonor”.

Yo siempre confié, y me complacía en decirlo así a todos, que la Virgen santísima nos había de servir de piloto, de médico y de todo, como efectivamente sucedió. Para mejor alcanzar su patrocinio, se hizo una función, como se habían hecho en Madrid, Valencia, Játiva, Tembleque, Sevilla y Cádiz, el domingo 31 de marzo, y al siguiente día nos preparamos con una comunión general para el

embarque, que se verificó a las siete de la tarde, acompañados de los buenos amigos que dejábamos en esta ciudad.

Tan triste fue la impresión que causó en Santa Cruz nuestra salida para Fernando Póo, que doblaron las campanas de la parroquia cual se hace cuando se lleva algún cadáver al camposanto. Recibieron con tristeza nuestra despedida. Pero conforme a nuestras esperanzas, y contra los temores de los amigos, tuvimos una navegación de lo más feliz que se conoce en aquellas regiones: sin peligros, sin sobresaltos, y lo que es todavía más, sin enfermedades.

Teníamos tan bien distribuido el tiempo, que los días más pronto parecían cortos que largos; cada uno se levantaba cuando se cansaba de estar en la cama (pocos lo verificaban después de salir el sol, generalmente todos gozábamos de este magnífico espectáculo). Si había misa, se decía a las siete, hora en que los de la tripulación acababan la limpieza del barco; si no la había, cada cual se encomendaba a Dios donde podía y todos nos reuníamos a la hora del almuerzo; éste era por lo regular a las ocho. Por justa deferencia a los sacerdotes, se desayunaban a su elección con chocolate o café; yo, con el resto de la Misión, tomábamos unas sopas de ajo. A las nueve rezábamos Horas los sacerdotes, y algunos de los catequistas, y luego se reunían todos y rezábamos las letanías de los santos con las preces que les acompañan, después los gozos y dolores del patriarca San José, terminando con la letanía de la Virgen y la oración “Acordaos”.

Comíamos a las doce; luego cada cual se recogía a dormir o se entretenía como mejor le parecía. A las tres rezábamos vísperas, maitines y laudes, y a las seis se rezaba en comunidad el rosario y en seguida se cenaba; luego se formaban corros hasta las nueve, a cuya hora rezábamos por ranchos las devociones a que estábamos más aficionados, y cada cual se retiraba a su nicho, Los ratos intermedios se empleaban en leer, en pescar, y muchas veces en hacer apuestas sobre la época de la terminación de nuestro viaje. Todos los domingos, después de la letanía, les decía yo cuatro palabras sobre el Evangelio. Llegado el mes de mayo, tributamos a nuestra protectora el obsequio de las Flores con plática, en que alternamos los sacerdotes. Cuando nos faltaba viento solíamos sacar el estandarte de la santísima Virgen y, postrados ante su imagen, entonábamos el “Ave Maris Stella”, “Salve Regina”, u otra de las antífonas que usa la Iglesia en loor de la Señora; por último, apenas el día 12 divisamos a gran distancia los montes de Fernando Póo, nos constituimos en continua oración ante la imagen de nuestra Protectora, relevándonos de media en media hora. Así llegamos a la bahía de Santa Isabel el 14 de mayo a las tres y media de la tarde.

No fuera justo, después de haber narrado nuestros pobres obsequios a la Reina de los cielos, callar los singulares favores que le debimos, en el mes y medio que duró nuestra navegación. Cuando temíamos, con harto fundamento, que el calor debía molestarnos, sobre todo dentro de la zona tórrida, fue tan al contrario, que con las mismas ropas de paño con que salí de Madrid en el mes de enero, llegué hasta Fernando Póo, y otro tanto aconteció a mis compañeros. Cuando todos temían que en tan larga travesía, hecha con tan pobres elementos, hubiésemos de sufrir graves enfermedades y aun morir algunos, sucedió tan al revés, que llegamos todos y con la salud muy completa.

Cuando recelábamos, si no grandes peligros, al menos algún sobresalto, como acontece de ordinario en los largos viajes, concluimos el nuestro con igual tranquilidad y sosiego cual si hubiera sido un paseo de recreo sobre las aguas de un estanque. Cuando nos afligía el pensar que en una larga temporada íbamos a vernos privados de celebrar y asistir a los divinos misterios, tuvimos el placer de hacerlo la mayor parte de los días, lo que acontece en rarísimas navegaciones. Yo dejo al buen sentido de cada uno el calcular si tanta excepción de la regla común pudo ser casual; por mi parte, estoy en la firme persuasión de que todo ello ha sido un favor especial de la santísima Virgen, por más que los de la Misión no lo mereciéramos, y menos que cualquier otro, su indigno Prefecto. Y si así se ha conducido esta buena Madre con nosotros durante el viaje, no nos ha sido menos propicia después de nuestra arribada.

En la tarde del 14 llegamos a la bahía de Santa Isabel; yo desembarqué con el maestro carpintero en una canoa; me presenté al Sr. Gobernador, que ya tenía noticia de nuestra llegada por órdenes recibidas del Gobierno. El Gobernador puso a mi disposición la casa que se compró en tiempo del señor Usera; una familia de color, venida de la Habana, me alquiló dos piezas de su casa, y esto es todo lo que encontramos. Apurados nos hubiéramos visto si el cónsul británico no me hubiera ofrecido su espaciosa casa. Ya con esta casa y las otras dos, podíamos establecernos medianamente los que debíamos quedar en Fernando Póo.

A las ocho volví a la goleta y ya llevaba botellas de vino de quinina para que, según consejo del Gobernador y cónsul, bebiesen a la mañana siguiente los de la Misión. Este segundo día desembarcaron todos y recorrieron la población.

Al tercer día, ya desocupada la casa del cónsul, se comenzó a desembarcar el equipaje y quedamos instalados del mejor modo que se pudo en las tres casas. El Gobernador, para proporcionarnos más desahogo hasta que se fuese la sección de Annobón, nos llevó a su casa a tres sacerdotes con dos catequistas y dos de las beatas, y aún manifestó deseos de que viniesen también a comer los otros dos sacerdotes, los cuales se excusaron de aceptar.

El mismo día 16, visto que el Mayordomo nombrado deseaba se le exonerase de este cargo, y aun regresar a España, se encargó de la Mayordomía mi secretario don Plácido Gascón, a quien aquél había hecho entrega de los fondos y papeles ya en Tenerife.

En medio de la confusión con que no podíamos menos hallarnos tanta gente y equipaje en tan reducido local, no descuidamos habilitar en la casa que había sido del cónsul una capilla provisional, y en ella inauguramos el culto católico el día 22, fiesta del Corpus Christi. La lluvia nos impidió en este día y siguientes hacer la procesión, por más que lo deseásemos...

Faltábanos todavía una ermita en donde venerar alguna imagen de la santísima Virgen. Para suplir este vacío y no vernos privados de este medio de fomentar la piedad y de dar culto a nuestra Madre, elegimos un viejo y corpulento árbol, que aislado a la punta de un cabo de tierra que se introduce más de cien varas en el mar, parece que tiene el encargo de estar de vigilante e informarse de las embarcaciones que se aproximan a esta parte de la isla. Este árbol tendrá sus cien pies de alto, según a la vista aparece; su tronco, a la altura en que hemos podido medirlo, tiene de circunferencia veinte varas y una cuarta; se divisa muy bien de cuatro leguas mar adentro y presenta en su parte de cepa que mira al mar un grande hueco, que me pareció muy a propósito para ermita provisional. Al efecto, los carpinteros abrieron dentro una caja en que pudiese ajustarse bien un cuadro de la santísima Virgen, cuya medida se les dio de antemano. La imagen es de la Concepción, y a su pie pusimos la siguiente inscripción: “Los misioneros de Fernando Póo dedican a la santísima Virgen este pequeñísimo recinto, hasta que puedan hacerle un templo a medida de su devoción, en el día de la fiesta de la Virgen del Carmen, y del triunfo de la Santa Cruz del año de 1856, y a continuación nuestras firmas que extendimos todos sobre el altar del Carmen. El día 24, en que dábamos fin a la Novena, fue el designado para bendecir y dedicar nuestra pobre ermita. Para esto el 23 por la tarde se colocó la cruz que previene el ritual.

El 24 al amanecer marchamos todos hacia el afortunado árbol, lo bendije, colocamos dentro de su caja el cuadro de la santísima Virgen a la altura como de cuatro varas, y puesta luego una mesa de altar, celebré en ella el santo sacrificio de la misa haciendo que cuatro catequistas cubriesen con el palio todo el altar para impedir que de las ramas o corteza pudiera caer alguna cosa sobre el Sacramento.

El día de la Asunción se enarboló el pabellón como si fuera domingo. El día de san Agustín, doctor y Padre de la Iglesia de África, lo solemnizamos bautizando públicamente un niño y una niña, a quien puse los nombres de Sus

Majestades en cumplimiento de encargo especial que se habían dignado hacerme. Asistió el Gobernador y casi toda Santa Isabel. Comencé con la bendición del agua. En esta ocasión nos sirvieron de acólitos por primera vez nuestros catecúmenos. El día 8 de septiembre volvió a izarse la bandera cual día de fiesta; y el domingo siguiente, fiesta del Dulce Nombre de María y de la Exaltación de la Santa Cruz, bendije una campana, también en público y con la asistencia del Gobernador; y por la tarde, después de Vísperas, bendije también con solemnidad una gran cruz, hecha días antes por los carpinteros, y se colocó frente a nuestra casa, en un lugar eminente junto a la orilla del mar. En esta ocasión vimos con placer que, a imitación nuestra, pasaban a adorar la santa Cruz casi todos los circunstantes, que no eran pocos, y que acabada la ceremonia nos siguieron a la capilla y rezaron el santo rosario.

El 12 de octubre colocamos en otro árbol una imagen de la santísima Virgen del Pilar. Así las cosas de la Misión, motivaron mi venida a la Corte simultáneamente la urgencia de la Misión, cuyos recursos estaban a punto de acabarse, y una Real orden, en la que se me decía que: debiendo tomarse medidas de grande interés para el porvenir de aquellas islas, S. M. creía indispensable, para este caso, mi presencia en la Corte. Salí, pues, de Fernando Póo el 3 de noviembre a las diez de la noche, año 1856⁵.

Una vez en presencia del Gobierno, convenciónse el padre Miguel de que era lo más acertado se encargasen de la Misión los padres jesuitas; y así resuelto, aceptada por éstos, hizo él mismo la dimisión a su Prefectura.

Después de regresar de la misión de Fernando Póo, el padre Miguel estuvo a disposición del obispo de Madrid, quien le encargó diferentes trabajos pastorales, pero ya nunca más se dedicó a cuidar y ayudar personalmente a las Siervas de María, aunque estuvo presente en los momentos más solemnes de la Congregación y, al morir el 25 de agosto de 1890, dejó sus escasos bienes y sus libros como herencia a las Siervas de María.

⁵ Apuntes, pp. 30-40.

2. FUNDACIÓN DE LA CONGREGACIÓN

Veamos cómo refiere el mismo don Miguel esta historia: Era una de las tardes primaverales del mes de junio del año 1851. En aquella época, o porque las vías férreas no estuviesen acabadas, o porque los magnates de la Corte no tuvieran tan desarrollado el afán de viajar, ello es que por entonces eran poquísimos los que marchaban a respirar las brisas del Cantábrico, contentándose, los que querían vivir con un poquito más de desahogo durante la temporada canicular, con ir a Getafe o a los Carabancheles o a Pozuelo de Alarcón. También los había que para no perder de vista su domicilio habitual, se limitaban a alquilar un cuarto en el vecino barrio de Chamberí.

Entre estos figuraban en primera línea el bizarro general Figueroa, entonces ya octogenario, y el célebre literato don Juan Nicasio Gallego. Por lo general, eran éstos los compañeros del párroco en sus paseos vespertinos. Aún más asiduo era en asistir a estas reuniones familiares el cardenal arzobispo de Toledo, don Juan José Bonel y Orbe, que gustaba mucho pasear por aquellas alturas, llevado además por el interés con que miraba la construcción de la nueva iglesia, que visitaba casi diariamente.

Durante uno de aquellos paseos apeóse de un coche un anciano a quien se apresuraron a saludar tanto el señor cardenal como el anciano general y el literato de quien se ha hablado anteriormente. Era el general Castaños. Sin duda por respetos bien merecidos a este personaje, nos entramos en una casa cuya puerta estaba abierta, y sobre unos toscos maderos tomaron asiento aquellos señores, y yo hice lo mismo cuando me tocó mi vez.

Hizo la casualidad, mejor dicho, hizolo Dios, que la conversación recayese sobre la enfermedad de la hija de un personaje que había figurado muchísimo en uno de los empleos principales y que mayor influencia tienen en el Gobierno de la nación, extrañándose todos aquellos señores de que el dicho personaje, que cuando era del Gobierno había favorecido mucho a los PP. Paúles, no hubiera podido recabar de ellos el permiso para que una de las hijas de la caridad fuese a asistir a su hija enferma por más que la había solicitado, atribuyéndolo todos a la inflexibilidad de la regla que profesan las Hijas de la Caridad.

La cosa quedó así, y la conversación siguió sobre otras materias que nada tienen que ver con esta historia, y que por lo mismo no llamaron mi atención. Preocupado con lo que acababa de oír, no pensé más que en ver cómo podría llenarse un hueco, bien fuese yo, bien fuese otro cualquiera el destinado por Dios para llenarlo.

A la mañana siguiente me faltaba el tiempo para hablar con el señor cardenal y pedirle su permiso para trabajar desde luego en el asunto. Obteniendo este permiso, comencé dando noticia de él a aquellas personas piadosas que pudieran tener vocación para dedicarse con abnegación completa al servicio de Dios en la persona de los enfermos; no olvidando que entre los galardones que ofrece el Señor a sus servidores, figura uno destinado a los que ejercitan la caridad con los pobres enfermos.

En la visita del autor de estos apuntes al Eminentísimo señor cardenal Prelado de la diócesis, le hizo presente su Eminencia las dificultades no pequeñas con que tendría que tropezar al querer llevar a cabo semejante proyecto, siendo las principales la elección de personal, y conseguir medios para atender a las necesidades de la vida presente. La confianza ilimitada en la divina providencia fue todo lo que pude oponer a las observaciones del Prelado, el que cuantas veces se repetía la visita y se hablaba del mismo asunto, otras tantas, oponía siempre las mismas dificultades.

Era tal el carácter de aquel bondadoso Prelado, que nunca negaba su autorización en asuntos que hubieren de servir a mayor honra y gloria de Dios y bien de las almas; pero cuando creía que los proyectos de que se trataba habían de tropezar con grandes obstáculos en su realización, se limitaba a decir: “Bien, puede usted trabajar en el asunto; por mi parte no habrá contrariedad de ninguna clase”.

Mas cuando la cosa de que se trataba merecía por completo su aprobación, solía manifestar en la alegría con que oía los planes que se le proponían, su completa adhesión y el deseo que abrigaba de que efectivamente se llevasen a cabo, y a los cuales estaba resuelto a prestar su valiosa cooperación. Un “Sí, sí; hagan ustedes por llevarlo a cabo cuanto antes; cuenten ustedes conmigo para todo”, eran las expresiones con que daba a entender que el plan de que se trataba merecía por completo su aprobación superior.

Yo aspiraba a oír de sus labios aquel “Sí, sí”, pero no era tan afortunado que lo oyese; lo más satisfactorio que solía oírle cuantas veces le hablaba sobre el asunto, era un: “Bien, bien; trabaje usted, que yo por mi parte no he de oponerme a que se lleve a cabo un proyecto que tiende a honra y gloria de Dios y bien de las almas”.

Como las dificultades que impedían en el ánimo del Prelado una completa adhesión a mis planes, eran nacidas de la falta de medios materiales para llevar a cabo una fundación que por de pronto ofrecía bastantes gastos, sin medios

para atender a ellos, vino un día en que la divina providencia quiso manifestarnos lo que podíamos y debíamos prometernos de ella.

Tenia yo la costumbre de atender a la manutención de cierto número de familias que no contaban con más recursos que los desperdicios, digámoslo así, del campo: la flor de malva, los cardillos, las espigas de cebada o de trigo, que caían de mano de los segadores y otras de este género, eran su único patrimonio y a esto se concretaba su manutención. Como eran feligreses míos, con mis escasos ahorros y con alguna limosna que la divina providencia solía poner alguna vez en mis manos, acostumbraba yo a socorrerles cuando el temporal no les permitía salir al campo. Ocurrió esto en los días en que yo me agitaba con la fundación de las Siervas de María y en que yo trataba de arrancar de los labios de mi Prelado aquel “Sí, sí”, que en mi concepto había de ser la señal de su completa aprobación.

Estando yo, pues, en mi casa pensando en los medios con que podría remediar a tanto infeliz como tenía el temporal retirados en casa sin poder salir a rebuscar en el campo su cosecha habitual, se me presentó un carretero con un carro lleno de costales de harina, diciéndome que eran de un sujeto cuyo nombre no se creía autorizado a revelar.

Yo, a la verdad, dígolo para mayor confusión mía, me olvidé en aquel momento de lo que es la divina providencia, y creí que el carretero se habría equivocado. Así, me opuse a que se descargasen los costales e hice que preguntase en las panaderías del barrio si por casualidad en alguna de ellas se hubiese hecho el pedido de semejante harina.

Visto que en ninguna de ellas hacía falta, quise, para más asegurarme, que me declarase el carretero la persona de quien procedía aquel obsequio, mandando a otra de toda mi confianza para que hablase con el sujeto y viera si efectivamente era para mí aquel regalo. Vuelto el sujeto, y sabiendo que efectivamente era para mí, mejor dicho, para mis pobres feligreses aquella limosna, conocí que era un rasgo de la divina providencia para enseñarnos cuánto debemos confiar en ella.

Comprendí mi yerro y la gran falta que había cometido pocas horas antes por no reconocer desde luego en este suceso un favor y hasta una lección de la misericordia divina. Así es que, desde aquel momento, aguardé con impaciencia la acostumbrada visita vespertina del Prelado, creyendo, y no me engañé, que este suceso había de arrancar de sus autorizados labios aquel “Sí, sí” que, como ya llevo dicho, echaba yo de menos y me tenía como imposibilitado para trabajar activa y decididamente en el asunto de la fundación.

La cosa sucedió tal cual yo la había pensado. Vino el Prelado a la hora de costumbre, y enterado por mí de lo ocurrido, después de reprenderme por la poca confianza con que yo había recibido aquella lección que nos daba a todos la divina providencia, pronunciaron sus labios aquel “Sí, sí”, por mí tan codiciado.

Desde entonces consideré ya como cosa resuelta la fundación de las Siervas de María, destinadas a la asistencia domiciliaria de los enfermos, especialmente de aquéllos que por ser pobres carecían de medios para costear la alimentación de una persona que fija en la cabecera de su cama, estuviere al cuidado de la asistencia minuciosa y vigilante de que tienen necesidad todos los enfermos para su cabal y completa curación. Por demás será el añadir que desde aquel momento multipliqué mis rezos y súplicas a la santísima Virgen, encomendándole la nascente fundación, que habrá de llevar como escudo contra los peligros del mundo su augusto nombre...

Principal ocupación fue para mí la elección de personas que, entre las muchísimas aspirantes, merecían en mi concepto la preferencia para formar parte de la nueva fundación. Elegí, pues, siete personas de las que me ofrecían más garantías, y que habían de ser muy a propósito para la proyectada Institución, la cual se inició por fin el día 15 de agosto de aquel mismo año 1851.

La víspera del día de la fiesta de la Asunción de la Virgen, de una casa, sita en la calle de Cervantes, salió la extraña procesión precedida por la imagen de Cristo Crucificado, a la que seguían siete señoras muy honestamente vestidas, acompañadas de varios sacerdotes y de algunas personas piadosas.

Aquella procesión, bajando al Prado y subiendo por Recoletos, se dirigió a Chamberí y acabó en una pobre casa de la calle del Castillo. Las siete señoras eran elegidas por Dios para que fuesen las primeras Siervas de María y el fundamento de la benéfica Institución. Sus nombres son: Sor Providencia Díaz, sor Josefa Alegría, sor María Felisa, sor Trinidad, sor Purificación, sor Soledad Torres y sor Pilar Pavés ⁶.

En memoria de los siete santos Siervos de María y, especialmente, en memoria de los siete Dolores de la Santísima Virgen, fueron siete las escogidas, quienes al siguiente día, fiesta de la Asunción y aniversario de la fundación de los Servitas, se consagraron en forma solemne a la vida de Caridad, vistiendo el hábito que al fundador le pareció más conveniente, y que después, a indicación del soberano Pontífice Pío IX, ha tenido algunas pequeñas modificaciones.

⁶ Apuntes, pp. 12-19.

3. VIDA RELIGIOSA

La Madre Soledad fue admitida en el Instituto o beaterio, como entonces se llamaba, por el padre Miguel el 3 de agosto de 1851. El día 15 fue la toma de hábito y la profesión de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Ese fue el día propiamente dicho de la fundación. El cardenal arzobispo de Toledo fue quien les impuso el hábito a las siete postulantes.

En el hábito llevaban como insignia en una placa de bronce el santísimo Corazón de María Inmaculada, atravesado por siete espadas y punzado con tres clavos, ya que la Virgen de los Dolores era la patrona de la naciente Institución. A nuestra Manuela la acompañó su madre, su abuela, sus dos hermanos y algunos familiares. Su padre sufrió mucho; quería desviarla de su vocación. Se ponía en las esquinas por donde iba a pasar, cuando visitaba a los enfermos, dándole a entender lo que le dolía su separación y ella, conmoviéndose y mirando al cielo, pasaba adelante.

El padre Miguel eligió como Superiora a sor María de la Providencia, señora con excelentes cualidades y con buenas relaciones con gente importante.

En 1853 el padre Miguel la sustituyó por la Madre Paz Calle y, cuando dejó la Institución para irse de misionero a Fernando Póo en 1856, le encargó la Comunidad a la Madre Soledad, diciéndole: *Soledad, quédate, porque si tú te vas, la Congregación se extingue*. Al irse, dejó encargado como Director del Instituto al joven sacerdote Francisco Morales, quien a los dos meses de haber sido nombrada la Madre Soledad, la retiró, nombrándola Superiora de la Casa de Getafe.

Sin embargo, el Señor velaba por el nuevo Instituto y, en diciembre de ese mismo año 1856, el arzobispo de Madrid nombró como Director al padre Gabino Sánchez, agustino recoleto, quien tomó posesión el 15 de ese mes. El padre Gabino, conociendo las cualidades de la Madre Soledad, la nombró de nuevo Superiora general y, desde entonces, fue ininterrumpidamente hasta su muerte en 1887.

Observemos que, de las siete primeras, dos murieron y cuatro se retiraron del Instituto, quedando como la única de las fundadoras y Superiora, nuestra Madre Soledad.

La situación de la Comunidad estaba tan mala por la falta de vocaciones que hubo un tiempo en que la Madre Soledad sólo tenía una hermana disponible

para atender a las asistencias. Entonces el padre Gabino, convencido de que el Instituto no podría sobrevivir, pensó en disolverlo y colocar a la Madre Soledad y a las hermanas sobrevivientes en otros conventos. Sin embargo, la Madre Soledad no se daba por vencida y repetía con confianza: *No, la Congregación no morirá, no puede morir. Es una cosa muy grande y llegarán días mejores. Seamos nosotras las últimas que la abandonemos*⁷.

Y acudía a la oración como su único refugio y esperanza. Y parece que Jesús le daba ánimos para seguir adelante, porque en ningún momento dejó de confiar en la providencia de Dios. De modo especial acudía a los patronos del Instituto que eran san José, san Juan Bautista y san Agustín.

El padre Gabino elaboró en unión con la Madre Soledad un Reglamento titulado: *Distribución de horas, Ejercicios espirituales y considerandos que las Siervas de María, ministras de los enfermos, deberán tener presente y observar*. Estaba basado en el espíritu del que escribió el fundador, ampliándolo mucho más. En el bienio revolucionario de 1854-1856, el gobernador civil de Madrid dictó orden de que las Siervas se despojarán de su hábito para andar por las calles, pero no se llegó a ejecutar, porque el gobernador cayó enfermo del cólera y fue cuidado por las Siervas y, agradecido, mandó que no las molestaran en lo sucesivo.

También la reina Isabel II tomó la defensa de las Siervas y dijo a sus ministros, que pretendían reformar los estatutos: *Dejad a las Siervas de María como están; el que las ha fundado, sabe mejor que vosotros lo que les conviene*.

El 27 de julio de 1858 el padre Gabino fue nombrado confesor del Real monasterio de la Encarnación de monjas agustinas recoletas y nombró como su ayudante para ayudar a las Siervas de María al padre Ángel Barra, agustino recoleto, continuando él como Director principal de las Siervas.

El 15 de octubre de 1860 las Siervas se trasladaron a una casa del paseo Santa Engracia de Madrid. En esta casa tendrán por primera vez el Santísimo en su casa. El 21 de noviembre de este año 1860 fue aprobado por el cardenal el Reglamento que habían presentado. El gobierno de la Nación les asignó un presupuesto anual de 30.000 reales desde 1860 y que fueron cobrados durante los siguientes 10 años.

El 27 de enero de 1861 tuvo lugar la presentación de las Constituciones, aprobadas interinamente por el arzobispo cardenal de Toledo, y se celebró el primer capítulo de la Congregación presidido por el Vicario de Madrid.

⁷ Apuntes, p. 80.

Diez días antes de celebrarse el capítulo para la elección de la Superiora general y su consejo, el 3 de enero de 1861, el padre Ángel Barra recibió el nombramiento oficial de Director Superior del beaterio de las Siervas de María de Chamberí por renuncia a este cargo del padre Gabino Sánchez.

En este capítulo, como en los sucesivos, saldría elegida siempre la Madre Soledad como Superiora general.

4. POBREZA

Cuando la Madre Soledad fue nombrada Superiora general en 1856 el Instituto estaba en su peor momento. No había dinero, las asistencias no daban para vivir, porque eran asistencias gratuitas y sólo recibían lo que querían darles de limosna. Anteriormente, el padre Miguel con su peculio atendía a sus necesidades, pero, al irse a Fernando Póo, se vieron privadas de su ayuda material.

Afirma, sor Socorro Pajares: Cuando ingresé el 5 de octubre de 1856 encontré solo seis hermanas, de las cuales tres eran de bastante edad... Encontré la Congregación en un estado de grande pobreza. El alimento se componía de lo siguiente: hasta las diez de la mañana estábamos en ayunas, y a esa hora tomábamos una jicarita muy pequeña de chocolate hecho con la cascarilla del cacao y unos pedacitos de pan duro. A las tres de la tarde la comida, que consistía en una sopa de ajo y un huevo cada una, siempre lo mismo, pues sólo algún día por extraordinario se ponían habichuelas en vez de la sopa, pero muy pocos. Nuestra cena se componía de un plato de sopa, o bien patatas, pero tanto una cosa como otra, con muy poca grasa, pues no había dinero con qué comprarla. No teníamos jabón para lavar, y así la ropa interior sólo nos la mudábamos una vez al mes. En fin, carecíamos por completo de todo recurso; habitábamos una casita muy pequeña y en la misma habitación en que dormíamos, teníamos la imagen de la Virgen de la Salud. Su manto estaba hecho de retacitos azules y blancos, a pesar del dolor de sus hijas, viendo que no podían vestirla de modo más decente. El único reloj que había en la Comunidad era uno de arena. Con tres tocas cada una habíamos de pasar el año, y por gastar menos, llevábamos los velos de indiana negra.

A todo esto, el poco pan que comprábamos, no se podía pagar. Vinieron los acreedores, dieron parte a la autoridad eclesiástica, y la citaron, teniendo la Madre que pasar por la vergüenza de presentarse a juicio, delante de tales personas. La que esto certifica, fue la encargada de acompañarla, mas, una vez allí, entró ella sola. Cuando yo la veía sufrir tanto con estos motivos, le decía:

“Madre, no compre usted pan, comeremos hierbas del campo”. Ella contestaba: “Dios abrirá puertas de claridad, hija”; pero muchas veces sus ojos eran dos fuentes de lágrimas. Como no había qué comer, las hermanas que entraban, a los pocos días se salían, y de las antiguas también, pero ella me decía animándome: “Hija mía, seamos las últimas piedras que se desmoronen de este edificio”, y acudía sin cesar a la santísima Virgen y a la oración.

Teníamos cuatro horas de oración (que hacíamos en la sala de labor, pues no teníamos capilla); y así, desde las cuatro que nos levantábamos, hasta las ocho que nos íbamos a oír misa, estábamos allí; nosotras nos fatigábamos de tanto tiempo seguido de oración, pues aunque el espíritu está pronto, la carne de todo se cansa; pero ella perseveraba con grande fervor. Yo le dije un día: “Madre, ¿qué hacemos aquí tantas horas?”. Me respondió: “Hija mía, pedir a Dios que se aumente la Comunidad”. Y yo le volví a decir: “Y si no tenemos qué comer, ¿para qué muchas hermanas?”. “Hija, para alabar a Dios y para que esta Congregación se extienda por todo el mundo con la protección de la santísima Virgen y su santísimo Hijo”.

Por fin, llegó a tal extremo la escasez, que un día no había nada, ni de dónde sacarlo; eran las tres de la tarde y aún no habíamos desayunado. La Madre estaba muy afligida y yo le dije: “Madre, no se aflija usted, que la santísima Virgen mirará por nosotras”. En esa misma hora llegaron a la puerta dos señores y preguntaron: “¿Qué han comido hoy estas hermanas?”. “No hemos tomado nada” contestó nuestra Madre. Ellos dijeron: “Tome usted esta limosna y tráigase enseguida alimento”. Desde aquella hora empezamos a tener más recursos y poderlo pasar un poco mejor.

Hay que advertir que, a pesar de nuestra escasez tan grande, esta Madre mantenía dos pobres y cuando las hermanas asistían en casas menesterosas, de lo poquísimo que teníamos, daba, no sólo para atender al alimento y medicinas del enfermo, sino para que comiesen los de la casa. Y Dios nuestro Señor, aun aquí en la tierra, le premió su gran caridad, pues enterada la reina Isabel de nuestras necesidades tan grandes, le dijo: “Soledad, pídemme todo lo que quieras, que yo quiero que se aumente tu Comunidad”.

A pesar de tan grande estrechez, estábamos muy contentas, pues la caridad de la Madre era grandísima. Cuando se ponía enferma alguna hermana, todo lo quería hacer ella, haciendo por sí misma las medicinas, siempre que era posible. La que esto certifica, bien lo puede decir, que estuvo enferma y ella la cuidó como podía haberlo hecho la más cariñosa Madre⁸.

⁸ Apuntes, pp. 65-67.

Sor Rosario Carvajal recuerda: *En aquella época, como en casa no teníamos buena proporción para lavar la ropa, una vez que se había juntado mucha, fuimos todas las hermanas (menos dos ancianitas), y con una borriquita llevamos la ropa al riachuelo que había en un campo a las afueras de Madrid, y en cuanto llegamos, ella fue la primera en levantarse las mangas y ponerse a lavar. Costó mucho el quitar que lo hiciera, y entonces, ya que no lavaba, se puso a recoger leña y nos hizo la comida a todas. En casa ella era la primera en sacar agua del pozo. A pesar de la gran pobreza que en aquella época teníamos, cuando íbamos a asistir enfermos pobres, de lo poco que había en casa, cogía callandito un poco de cada cosa y lo metía en la bolsa de la hermana, para que pusiese el pucherito al enfermo, y si no tenía ropa para cubrirse el enfermo, quitaba una manta de su cama y se la mandaba, diciendo que ella tenía bastante con una, y si la hubieran dejado, sin nada se hubiera quedado por darlo. Y era tanto lo que nos animaba a todas esta encendida caridad de la Madre, que hermana hubo que en la casa del pobre se quitaba los refajos para hacer ropita a los niños de los pobres*⁹.

La Madre, a veces lloraba al ver tanta pobreza, y cualquier cosita de comer que le regalasen, la repartía entre todas y su amor a la Congregación era por demás. Muchas veces, viéndola llorar, le decíamos: “¿Por qué llora usted tanto y por qué tiene usted tanto anhelo de que haya muchas hermanas?”. “Lloro, porque deseo ver florida la Comunidad y deseo muchas hermanas para que den alegría a nuestro Señor”¹⁰.

En los días calurosos nos hacía cocer cebada en un puchero, porque decía que, como éramos pobres y no teníamos otra clase de refresco, quería regalarnos con éste, y por la noche nos ayudaba a prepararlo con azúcar. Lo poníamos en unos botijos de San Isidro y lo llevábamos al patio a refrescar hasta la mañana siguiente. Después de terminados todos nuestros rezos, íbamos todas al patio, y ella misma nos lo servía, dándonos a cada una un vasito y diciéndonos a continuación de esto: “Miren qué regalo nos manda Jesús; ya ven cómo nos quiere y regala; miren, miren”¹¹.

Sor Asunción Barona declaró: *Cuando llegamos a la pobre y humildísima casita donde vivían las Siervas, la Madre Soledad fue la que nos abrió la puerta y yo me dirigí a otra hermana, que allí había, pensando que sería la Superiora, pues no podía creer que fuera ella, tan humildita y tan baja como se hacía. Todo el personal que componía la Congregación eran catorce hermanas, de las cuales siete ya de bastante edad.*

⁹ Apuntes, p. 93.

¹⁰ Apuntes, p. 68.

¹¹ Panedas, p. 362.

*La casita era muy pobre. Tenía un oratorio que servía a un tiempo para hacer oración y era la sala de labor. Dormíamos cuatro postulantes con la Madre Soledad en una buhardilla y, para que no se vieran las vigas, una señora nos dio tela de algodón y con ella pudimos formar el cielo raso. A pesar de todo, estábamos tan contentas como si estuviéramos en un cielo*¹².

Sor Refugio Escalada añade: *Entramos al refectorio, que, aunque chiquito y pobre, me hizo muy buen efecto. La misma Madre me designó el sitio que me correspondía. Todo respiraba en la casita pobreza extrema, en ropa, comidas, camas y demás. Me acuerdo que para desayuno sólo tomábamos un plato de sopas de ajo, y el día que más, un pequeño torrezno. La comida del mediodía consistía en la sopa, el cocido y un pedazo de carne pequeño; la merienda, un poco de pan con escasa fruta; y por la noche, por regla general, un poco de arroz guisado y medio pimiento frito.*

*Camas de hierro sólo había seis, separadas por cortinas, y las demás hermanas teníamos en la sala de labor unos banquillos de madera con sus tablas, y esto no para todas. De noche, las más antiguas se ponían en los banquillos, y las demás en el suelo con los colchoncitos, que, aunque eran de lana, resultaban muy duros por ser muy delgados. Las sábanas eran muy desiguales; procedían, por lo general, de las que daban en las asistencias; y las almohadas, de paja, muy duras. Pero bendito sea Dios. Estábamos tan contentas. Todo nos servía para más gozar. Los platos eran de hierro, y tan roñosos que, por más que los fregábamos, siempre estaban feísimos; las cucharas eran de palo muy usadas*¹³.

Sor Florencia Janer, por su parte, comenta: *La Madre quería que todo fuese pobre: platos de hojadelata, cubiertos de palo; en vez de vaso, jarra; tazas de barro oscuro, como los pucheros; la cama con jergón-colchón, dos mantas y dos almohadas, que en su mayoría estaban hechas de trocitos que quedaban al cortar las prendas; cama de hierro últimamente, pero al principio sólo tablado*¹⁴.

*A todas les procuraba buenos abrigos para el interior, aunque éstos se hicieran de pedacitos de trapos que daban en las tiendas de limosna, con los que formaba unos abrigos que hacían competencia con las mejores toquillas que hoy se usan, y decía con mucha gracia: “Hijas mías, las pobres de Jesucristo hemos de acudir al tío mañas, y hacer que la santa pobreza sea la reina de la casa”*¹⁵. Ella misma vivía pobremente.

¹² Apuntes, p. 79.

¹³ Panedas, pp. 347-348.

¹⁴ Panedas, p. 355.

¹⁵ Panedas, p. 362.

5. ESPÍRITU DE SACRIFICIO

La Madre Soledad daba ejemplo de humildad y de sacrificio, y a todas atendía con solicitud maternal, aunque algunas le hicieran sufrir. Mucho sufría en los viajes por las incomodidades. Cuando llegó a *Puente la Reina*, les prepararon unas camas con un olor fortísimo a yodoformo y ella les dijo a las hermanas: *Ahora es cuando debemos poner en práctica los consejos que les he dado de mortificarnos por amor de Dios*¹⁶.

Cuando Monseñor Orberá, obispo de Almería, la envió a pedir ayuda de puerta en puerta, la Madre sufrió mucho debido a su mala salud y a su edad avanzada. Tuvo que soportar el sol ardiente y subir y bajar cuestas y precipicios durante nueve días.

La Madre Candelaria era un religiosa rebelde, que no respetaba a la Madre y le hizo sufrir en varias oportunidades. Estando de Superiora en Zaragoza, quiso reformar el hábito sin permiso alguno. Y, habiéndose caído la Madre mientras visitaba esta Casa, no fue debidamente atendida¹⁷.

En una ocasión, anunció su visita a Barcelona, pero como el tren llegó con retraso, ninguna hermana salió a recibirla. Llegaron a Casa y llamaron repetidas veces y nadie les abría. Así estuvieron esperando hasta las dos de la mañana. Una Madre le abrió porque la Madre Candelaria no se levantó. No obstante, la Madre supo pasarlo todo en silencio y corregir en el momento oportuno¹⁸.

La hermana Reyes Sánchez declaró: *Mientras yo era enfermera, la Madre se vio un día en la necesidad de usar la cama de sor Lucila, que estaba en la enfermería en observación. Después de unos días, Lucila desapareció sin dejar rastro. La Madre mandó buscarla, pero no la encontraron en ninguna parte. Pensaron que se había suicidado. Pero al cabo de tres días, la encontraron. Había estado escondida en el cuarto de las esteras. La Madre se alegró mucho de encontrarla viva y me ordenó darle todo lo que necesitaba y no le dijese nada. La Madre se fue a la capilla y, de rodillas con los brazos en cruz, hizo una oración, no sé si la “Salve” o el “Te Deum”, agradeciendo al Señor haberla encontrado*¹⁹. ¡Cuánto había sufrido en esos tres días!

¹⁶ Sum p. 147.

¹⁷ Sum p. 192.

¹⁸ Sum p. 187.

¹⁹ Sum p. 229.

Un día una hermana la ofendió y ella, con los ojos llenos de lágrimas, dijo: *No me desagrada por mí, sino por la ofensa hecha a Dios y el mal ejemplo dado a una novicia* ²⁰.

También practicó la mortificación exterior. Sor Encarnación Varona en su declaración afirma lo siguiente: *Puedo decir y atestiguar que durmió tres años y algunos meses en el suelo, a pesar de las instancias que le hacíamos por sus achaques y trabajada que estaba. Muchas noches no se desvestía, pues al entrar en la habitación la encontraba como la había dejado la noche anterior. Cuando quería convencerla de que admitiera alguna comodidad, me contestaba siempre que más sufría el Señor que dormía sobre la tierra y en el madero; y otras veces decía que el cuerpo es tierra y la tierra tiene que comerle. Estando en su última enfermedad, quisimos ponerla en un colchón de muelles; y estando preparada otra cama para pasarla, dijo que ella no dormía en colchón de muelles, que prefería estar sobre el suelo. No hubo razones para convencerla, y murió en su jergoncito de paja. Como yo era portera, tenía que pasarle los recados, y me llamaba mucho la atención ver a la Madre siempre escribiendo de pie, a veces hasta las doce o más de la noche* ²¹.

Sor Elvira Álvarez declaró que, *cuando el señor Izquierdo, obispo de Madrid, vino a visitar nuestra Casa, tuvo una mirada de desprecio hacia la Madre, pero cuando se fue, la sierva de Dios, mostrándose alegre, hizo elogios del obispo y se alegró de la humillación recibida* ²².

Sor Paulina Andueza nos dice que, *cuando estaba enferma de viruelas, la sierva de Dios la visitaba y le besaba las postillas. Y lo mismo afirma sor Rosina Laviano* ²³.

Sor María Urbana asegura: *Oí decir a sor Miguela, que asistía a una tuberculosa, que una vez la Madre Soledad chupó el pincel que servía para humedecer los labios de la persona tísica; y hacía lo mismo con los enfermos de cólera y que besaba los furúnculos de los enfermos de viruela* ²⁴.

Fernanda Iribarren contó que, *siendo ella postulante, se enfermó de viruelas y la Madre la visitaba cada mañana con la mayor ternura, la acariciaba y le cogía las manos y, mostrándole los granos, le decía: “Mira, hija mía, qué*

²⁰ Sum p. 398.

²¹ Apuntes, p. 143.

²² Sum p. 739.

²³ Sum p. 254.

²⁴ Sum p. 234.

*bellas perlas te ha dado el Señor”. Y le besaba las manos, repitiendo: “Qué bellas perlas”*²⁵.

Sor Buen Suceso Fernández recuerda: *Al ir para la fundación de Almería, llegamos a Cartagena con un calor sofocante. Ella llevaba la ropa precisa para cambiarse una vez. Todas estábamos sudando y nuestra Madre más, porque estaba bastante gruesa. Una de las hermanas, sin fijarse si a nuestra Madre le haría falta o no, le dijo con la confianza de hija que quería cambiarse y que no tenía ropa, por llevarla en el equipaje. Oír esto y sacar la ropa única que ella llevaba, incluso un hábito, por si algo le ocurría en el que tenía puesto, todo fue uno, dándoselo a su hija necesitada. Después de tomar una ligera refección, nuestra Madre mandó que todas se retirasen a descansar un poco a los pobres cuartos que nos habían designado en la posada, y a mí me dijo: “Buen Suceso, tú quédate conmigo”*.

*Cuando todas se hubieron retirado, me volvió a decir: “Mira, hija, estoy toda mojadita, ¿qué haré?; me quitaré la ropa y la pones al sol para que se seque”. En efecto se hizo así, quedándose ella en la habitación a medio vestir. En este pasaje me recuerda mi humilde Madre al glorioso san Pedro de Alcántara, cuando se quedaba entre los pedruscos de la huerta mientras se le secaba la túnica, con la diferencia de que el santo bendito era porque no tenía otra, y nuestra Madre porque era tanta su caridad que la había dado a una de sus hijas*²⁶.

Durante algunos días antes del asesinato del señor obispo Izquierdo, ella sentía que algo grave iba a pasar. El día que le comunicaron esta desgracia, ella misma lloró de pena y se fue a la capilla a orar por el obispo.

*En la fundación de Lucena, que fue en un cementerio, afirma sor Ascención Adán, una de las noches, estando durmiendo, oímos a nuestra Madre dar voces. Muy sobresaltadas, nos levantamos y era una rata como un conejo que se había subido a su cama; y después, dando saltos y brincos, se marchó con sus compañeras, que no eran pocas. De todo estábamos pobres, menos de ratas y sabandijas, las cuales también abundaban. Aquello parecía un enjambre. Nuestra Madre, toda asustada, pues les tenía mucho miedo, exclamó: “Ay, Dios mío, todo sea por ti”*²⁷.

²⁵ Sum p. 434.

²⁶ Vista por sus hijas, pp. 82-83.

²⁷ Vista por sus hijas, p. 271.

Sor Flora Anasagasti nos dice que una noche la encontraron en el coro abrazada al crucifijo, creyendo que estaba sola, y decía: *Perdón, Padre dulcísimo*²⁸.

La hermana Presentación Alonso manifestó: *Muy tranquila estaba yo en mi asistencia, cuando se presentó una hermana, comunicándome la orden de nuestra Madre para que me fuera a casa. En cuanto llegué y la saludé, me dijo: “Hija, prepárate, que nos vamos al otro mundo”. Yo le contesté: “Dispuesta estoy para ir adonde usted me mande”. “¿Sí, hijita? Pues mira, nos vamos por esos mundos de Dios, y esta misma noche”. Un ratito antes nos mandó nuestra Madre a despedirnos del padre Ángel, el que nos hizo una exhortación para animarnos a la virtud. Cuando íbamos hacia la salita del padre, me dijo una hermana, de las que también iban a venir conmigo, pues éramos ocho las que salíamos para la fundación de Valencia: “No me voy, porque tengo todo arreglado para entrar en un convento de clausura”. Temblando me puse sólo a pensar en el mal rato que iba a dar a nuestra M. Soledad con esa decisión. Entusiasmado estaba el padre Ángel hablándonos, y en medio de su alegría me conoció que yo estaba triste, y me dijo: “¿Qué tienes? ¿No vas contenta?”. “Sí, padre”, le contesté, con mi zozobra hasta ver lo que pasaba. Cuando ya nos levantamos para irnos, sor Belén, que así se llamaba la hermana, le dijo a nuestra Madre: “Disponga usted de otra, porque yo ya tengo todo arreglado para entrar de clausura”. El golpe fue atroz; nuestra Madre sufrió lo indecible, y solamente dijo: “Pero, hija, ¿ésas tenemos?...”*

*A todas nos dio mucha pena por lo mucho que la Madre sufrió. La pobrecita, con el alma traspasada y procurando no darlo a conocer, fue donde estaba la Comunidad para designar a la que había de ir en lugar de la otra. La elegida fue sor Luisa. Esta dijo también: “Yo, Madre, no, porque voy a arreglarlo para entrar en un convento de clausura”. Esta fue una nueva espada que atravesó su alma. Clamando nuestra Madre al Señor y reprimiendo su angustia, se dirigió a otra tercera, que fue sor Buen Suceso, y tal vez iría temerosa de que le saliese con alguna cosa; pero no, ya quiso Nuestro Señor que no siguiese bebiendo aquel cáliz tan amargo. Sor Buen Suceso cogió lo indispensable, pues el coche ya estaba esperando, y nos fuimos*²⁹.

¡Cuántos sacrificios y sufrimientos por la salvación de las almas y la conversión de los pecadores! ¡Cuántas almas pudo salvar! ¡Qué gloria tan grande tiene en el cielo!

²⁸ Sum p. 411.

²⁹ Zugasti, p. 147.

SEGUNDA PARTE APOSTOLADO

1. ASISTENCIAS

La asistencia a los enfermos en sus propias casas fue desde el principio la característica principal del Instituto. La Madre Soledad se preocupaba de sus hijas y, siempre que regresaban, les preguntaba cómo les había ido. En ocasiones iba personalmente a visitar la casa en que se encontraban para observar el trato que les daban, ver sus necesidades y poder ayudar en algunos casos a las familias, económicamente o espiritualmente.

Sor Esperanza Miguel refiere: *Cuando veníamos de las asistencias, siempre nos tomaba de la mano y nos la estrechaba con las suyas, mientras le dábamos cuenta de dicha asistencia, que parecía no tenía otra ocupación; y el calor que en ella rebosaba hacia nosotras se lo dejaba muy bien traslucir. ¡Cuántas veces me ha hecho ir al refectorio cogida de la mano, que le parecía no me daban lo suficiente en las asistencias; tocarme la cara, porque le parecía sudaba, quitándose su delantal y nos lo ponía por la cabeza!*³⁰.

Sor Desamparados Gómez añade: *Al regresar las hermanas de las asistencias, noté que su mirada siempre humilde la detenía en ellas para ver si algo les faltaba, para en seguida remediarlo; tanto es así, que recuerdo haber visto quitarse ella misma el velo para dárselo a las hermanas que veía necesitadas*³¹.

Un miembro de una familia nos dice: *Nosotros tuvimos la dicha de que en nuestra casa asistiera a un individuo de la familia la Madre Soledad. Era un caso de viruela imponente; pero imposible que haya más abnegación y sacrificio como aquella criatura practicó en casa, no sólo con el enfermo, sino con todos nosotros. Por temer que nos contagiáramos, nunca permitió que nadie de casa limpiara ningún utensilio que perteneciese al enfermo, y, cuando por la tarde se retiraba para descansar, nos decía: “Si hay que hacer o dar algo al enfermo, llámenme para dárselo yo”. Para disimular que lo hacía por sacrificarse, decía: “El enfermo no quiere que ustedes se lo den y además no saben”. Así que no pasaba de dos horas o tres lo más que descansaba a diario. Todos quedábamos edificadas de su modestia en su porte exterior, siendo afable con todos, pero con cierta gravedad, que infundía respeto y veneración*³².

³⁰ Panedas, p. 297.

³¹ Ibidem.

³² Panedas, p. 278.

Sor Presentación Alonso certifica: *El año 1872, cuando Amadeo I ocupaba el trono de España, se enfermó el aya del príncipe su hijo y su Majestad la reina Victoria pidió a nuestra Madre Soledad, por medio de su dama, una hermana para asistirle. Yo había venido de mi asistencia, que era de un pobrecito en una buhardilla, y como ya había terminado, me asignó ésta. Recuerdo que al mandarme, me dijo: “Anda, hija, vas al palacio real. Así son las Siervas de María; unas veces en las buhardillas y otras en los palacios. Nunca ponderaré bastante la deferencia, cariño y sencillez con que me trató la augusta señora. A veces venía al cuarto de la enferma, otras me llamaba a sus habitaciones para preguntarme por la enfermita y siempre me detenía un ratito hablando de espíritu y no se cansaba de admirar el fin de nuestro Instituto, especialmente para la asistencia de los pobres. Mucha era la caridad y piedad de esta regia señora, pues cuando salía, los pobres que ya la conocían, le echaban muchos memoriales, los cuales ella despachaba en seguida que llegaba. A mí me destinaron una hermosa habitación, en la que también me servían los alimentos. Cada vez que tenía que ir a casa, me acompañaba la dama citada y pasaba un ratito con nuestra Madre Soledad. Después, cuando regresaba a palacio, no sabía cómo encomiar las virtudes que observaba en ella, diciendo entre otras cosas que debía tener un espíritu superior y se veía que era una verdadera madre para sus hijas* ³³.

Sor Rosalina Sanz explica: *En una de las asistencias que hice en una casa rica, el amo era un señor viudo, con varios hijitos, de los cuales había uno o dos enfermos, a los que yo asistía. La primera noche, una señora muy piadosa, que parecía ser el ama de llaves, llorando, me contó la conducta poco ajustada del pobre hombre. Yo, que apenas tenía 19 años y que había salido de uno de los pueblos de Navarra, me asusté al oír semejantes desórdenes.*

A la mañana siguiente, cuando vine a casa, nada dije a la Madre Soledad, pero sí a la hermana que me había acompañado a la asistencia. Al ser preguntada por ella de cómo me había ido, le puse al pormenor de lo que dejo referido, pareciéndome la cosa más natural, máxime que era muy formal y siempre estaba al lado de nuestra Madre. Esta hermana, como era natural, puso al tanto a nuestra Madre, tal vez para que supiera en qué casa estaba yo. No dejó su celo pasar esto desapercibido. Parece que la estoy viendo; subía yo por la escalera principal para retirarme a descansar cuando, haciéndose la encontradiza, me habló y me dijo:

—¿Dónde va, hija?

—A dormir, le contesté.

³³ Vista por sus hijas, pp. 108-109.

—Pues mire, antes tengo que decirle una cosita. Ya me he enterado de lo de su asistencia. Pues mire, para su tranquilidad y el mejor desempeño de su deber, debo decirle que ninguna cosa de las asistencias, y mucho menos de los defectos morales, dé nunca cuenta a ninguna hermana sino solamente a la Superiora, en esta casa lo mismo que en las otras, pues las cosas de las asistencias son muy sagradas y se deben guardar con mucho sigilo, porque pueden traernos muchos disgustos. Mire, hija mía, que nuestra misión es más delicada de lo que parece. ¿No es verdad que no lo volverá a hacer más?

—No, Madre, no lo volveré a hacer. Perdóneme por amor de Dios.

*Este aviso me lo hizo con tanta unción y llevada solamente del cumplimiento de su deber que produjo en mí tal devoción hacia su persona como la que producía a todos los que se acercaban a Jesús y les hablaba con aquella mansedumbre tan admirable. Dichosa mil veces nuestra muy amada Madre que tales efectos producían sus palabras en las almas de sus hijas muy amadas para eterna memoria suya y fiel cumplimiento de mi deber*³⁴.

Una hermanita joven y recién profesa estaba encargada de la asistencia de un enfermo de viruela, el cual representaba a la Compañía Mattosi, de Suiza, en el café y casino más concurrido de la ciudad.

Para no propagar el terror que tal enfermedad causa y no alejar de la casa la sociedad con prejuicio de la misma, había querido el mismo enfermo retirarse a un piso alto, manteniéndose, no sólo retirado y oculto, sino haciendo creer que había emprendido un viaje a su país (Suiza). Nadie, por consiguiente, más que los criados, pues no tenía familia, sabía que hubiese un enfermo en casa, asistido únicamente por la hermana, que no se separaba de su lado y a la que suministraban cuanto necesitaba para atenderle.

En la madrugada del 13 de febrero del año 1897, después de retirados los criados a descansar, notó la hermana que el aire se enrarecía, haciéndose cada vez más difícil la respiración, y, según pasaba el tiempo, percibió claramente un humo denso y concentrado. Sospechando en seguida si estuviese ardiendo alguna estera, llamó a los criados encargándoles absolutamente que, sin gritos ni alarmas, indagasen de dónde procedía el humo que indicaba un incendio antes de que el enfermo pudiese enterarse, si era cosa que ellos podían sofocar.

Así lo hicieron por de pronto, pero al querer penetrar en los salones, el humo y las llamas que ya salían voraces les obligó a retroceder y lanzarse a la calle dando voces, a las que acudió el sereno, que, informado de lo que ocurría,

³⁴ Vista por sus hijas, pp. 496-497.

dio la voz de alarma, tocó la bocina y en un abrir y cerrar de ojos se aglomeró una multitud de gente queriendo salvar lo que pudiesen.

El espectáculo era imponente; el incendio, que por lo que se cree databa de muchos días, estalló violentísimo aquella noche, y fue devorando las paredes hasta quemar las maderas para hallar salida, y era de ver cómo se desbordaban las llamas por los huecos de los balcones.

Lo extraordinario del caso fue que, como la gente ignoraba que en casa hubiese nadie más que los criados a quienes veían salir y entrar, éstos que eran los únicos que tenían noticia de que existían dos seres imposibilitados de salvarse, se olvidaron de ellos por completo, atendiendo sólo al salvamento de los depósitos que tenían en las bodegas. Viendo la hermana que nadie pensaba en ellos, quiso salir a la escalera para probar de escapar por allí con el enfermo, pero al abrir, un impetuoso torrente de fuego se precipitó hacia ella, que asustada cerró inmediatamente la puerta, yendo al balcón para pedir auxilio, con el mayor cuidado posible a fin de que el enfermo no se enterase, pues temía que quisiera arrojarle por el balcón. En él permaneció la hermana un buen rato pidiendo socorro, pero su débil voz no lograba vencer la espantosa gritería y el horrible rechinar del maderamen que crujía y la vajilla que rodaba estrepitosamente. Por otra parte, la densidad del humo y la profunda oscuridad de la noche impedían que nadie reparase en ella, lo que visto por ésta comprendió que no le quedaba más remedio que avisar al enfermo y disponerse a sufrir una muerte segura.

El pobre enfermo, que estaba en el período álgido de la supuración y que llevaba muchas noches sin dormir, justamente en aquella hora se había apoderado de él un profundo sueño, despertando al sonido de la campana que tocaba a rebato, en el momento que la hermana indecisa no sabía qué resolución tomar. “¿Dónde tocan a fuego?”, preguntó. “Creo que es muy cerca”, contestó la hermana con la mayor calma posible, y salió de nuevo al balcón. Entonces las llamas iluminaron su rostro con su rojizo resplandor, y fue cuando la gente vio que era preciso salvarla; mas como ella no veía posibilidad de que lo efectuaran, entró y dijo al enfermo: “El fuego es en casa, y está ardiendo por los cuatro costados; creo que no podemos salvarnos y nos espera la muerte muy pronto a los dos; vamos a rogar al Señor que se apiade de nosotros y recomendémonos mutuamente el alma”.

No era ciertamente muy piadoso el enfermo, por no decir que fuese impío, habiendo dado muestras de su incredulidad y poca fe en el curso de su enfermedad, que sufría con la impaciencia y rabia propias del que se rebela contra los juicios de Dios, de quien murmuraba. No obstante, a la hermana tenía gran respeto.

Él, al oír sus palabras, quedó todo embargado y suspenso, pudiendo decir al cabo: “¡Dios mío! Está visto que mi destino es sucumbir abrasado. ¡Tened piedad de mí!

Oyendo la hermana la humilde súplica del enfermo, se puso de rodillas mirando al cielo en el balcón y allí oraba con aquella fe con que se ora en las circunstancias supremas.

Entretanto los de la calle habían colocado una escalera hasta el primer piso y trataban de empalmarla con otra que llegase al segundo, gritando: “Sálvese, hermana, pero pronto, que los minutos son horas”. Entonces la caritativa hermana profirió: “Primero mi enfermo”, y entrando rápida se acercó al lecho diciendo: “Nos envían socorro, podemos salvarnos”. El infeliz, vacilando y cayendo, quería vestirse, cosa que no hubiera conseguido y de lo que le disuadió la hermana. “No tenemos tiempo que perder, nuestra salvación es cosa de minutos”. Y diciendo y haciendo, rodeó la cintura del enfermo con la soga que le tiraron. “Ate usted fuerte, hermana, que yo no puedo”, decía el enfermo, mostrándole las manos hinchadas por la viruela.

Con la precipitación que el caso requería, terminaron su faena, y saltando el balaustre comenzó el enfermo a descender, apoyándose en los peldaños de la escalera, que varios hombres sujetaban por la base mientras que la Sierva sostenía la cuerda, que gradualmente iba dejando caer. Cuando estuvo el enfermo en los brazos de los que le recibieron, se oyó un clamor general de la muchedumbre: “¡Ahora la hermana, la hermana!”. Pero ésta se ocupaba en arrojar para su enfermo la ropa de la cama y el colchón.

Cuando todo estuvo terminado, vieron que se detenía pensativa sin hacer nada para lanzarse por la escalera, lo que visto por un hijo del pueblo, subió aceleradamente, y dijo: “Hermana, ¿qué le pasa, se pone mala?”. “No”. “¿Pues qué la detiene?”. “Como hay tanta gente, no me resuelvo a bajar, porque no sé cómo habré de hacerlo” (el pudor la detenía). Entonces el valeroso joven tendió la mano con la mayor delicadeza y descendía sujetando a la hermana por el extremo del santo hábito, mientras ella, apoyando ambas manos en la escala y muy despacio, logró verse en la calle, rodeándola todos con vítores y palmas, después de haber estado sin respiración, contemplando su valor y caridad. No bien puso los pies en el suelo, cuando las voraces llamas invadían el cuarto que el enfermo y enfermera acababan de abandonar, saliendo por el balcón espantosas y aterradoras. Parecía que una mano poderosa estaba sujetando su empuje para dar tiempo a todo lo que dejamos dicho y no podía

*menos de ser así: la mano del Omnipotente detuvo las llamas para dar a entender que sabe muy bien guardar de todo mal, a sus queridos hijos*³⁵.

2. LA PROTOMÁRTIR

Meditemos ahora en el caso de la primera mártir de la Congregación. A principios de julio de 1885 la población de Aranjuez se vio asolada por la terrible plaga del cólera. Una familia compuesta de cinco miembros, atacados todos de dicha enfermedad, solicitó a la Superiora de Chamberí la asistencia de algunas hermanas. Fallecieron los cinco a las pocas horas, y por eso no se verificó por entonces el viaje. Poco tiempo después volvieron a pedir hermanas para asistir a un matrimonio atacado de la peste. La Madre señaló a la Madre Providencia Martínez y le dio por compañera a la novicia Piedad Urabayen, que con singular insistencia pidió ser enviada a asistir a los coléricos. La terrible enfermedad cargó en Aranjuez de un modo espantoso. La Madre Providencia, dejando a la novicia con el enfermo que las había llamado, no tuvo más remedio que atender a otros gravísimos para quienes era insistentemente solicitada. Le era preciso prepararles para morir, recomendarles el alma y hasta a veces ayudar a conducir sus cadáveres hasta la puerta de las casas. ¡Pobrecita!, ¡cuál no fue su sobresalto al saber que la buena hermana Piedad se encontraba contagiada del terrible mal!

La encontré sentada en la misma habitación de la enferma (el señor había ya fallecido), a alguna distancia de ella; pero tan desencajada, que al verla, mi alma se llenó de gran pena. ¡Pobrecita mía! Toda la mañana había sufrido horriblemente; pero como era de tan buen espíritu y mortificada, se lo había pasado en silencio. Al momento la cogí del brazo para llevarla a la cama, y apenas podía subir la escalera. Cuando la abrigué bien y le puse botellas calientes por todo el cuerpo, entró un poco en reacción. Era tan piadosa y buena que aprovechó estos momentos para decirme que se quería confesar. Vino un sacerdote anciano y respetable, preparado ya con los santos oleos. La hermana se confesó con suma serenidad y pidió y recibió la extremaunción. No se le administró el sagrado Viático, porque los vómitos eran continuados. Siguió agravándose por momentos; pero con suma paciencia, sin quejarse, antes bien, animándome a mí con que pronto vendrían hermanas para consolarme... La enfermedad no retrocedía; la noche la pasamos entre terribles angustias, y era de notar la paciencia que tenía en medio de tantos dolores y una sed abrasadora. Con suma tranquilidad me dijo que yo le recomendase el alma, lo que le prometí si el Señor me daba fuerzas. Las de ella se debilitaban a medida que se acercaba el nuevo día; y a cosa de las cuatro comprendí que su alma quería desprenderse

³⁵ Apuntes, pp. 475-479.

del cuerpo para unirse con aquel Dios por quien tan generosamente se había sacrificado. Me dispuse para leerle la recomendación del alma. Yo estaba emocionada, pero el que es la fortaleza de los débiles y el sostén de los que en Él confían, vino en mi socorro para que pudiera proporcionar esta última satisfacción a mi cara enferma. Estuvo con pleno conocimiento hasta el momento de expirar. Repetía como le era posible algunas jaculatorias. Por mucho que encomie su paciencia, nunca diré lo bastante, pues en tantas horas de dolores tan agudos, nunca se quejó. En cuanto la hermana expiró, amortajé, ayudada de solo Dios, el cadáver y lo dejé en la cama hasta la hora del entierro. Al recibir nuestra Madre tan desconsoladora noticia, dicen que, llena de dolor, exclamó: “¡Ay, hijas mías! ¡Ya no hay necesidad de ir, la hermana ha muerto!”.

Su dolor tuvo que ser casi inmenso; pues si tanto se desvivía por las enfermas en general, y, muy especialmente, con las que tenían la suerte de estar a su lado, cuánto más al considerarnos fuera de casa en circunstancias tan críticas, con enfermedad tal, sin auxilio de ninguna otra persona. ¡Oh, Dios mío, mucho sufrí yo, pero mi buena Madre debió padecer angustias mortales! Las hermanas que llegaron de Madrid, enviadas al fin por la Madre, me dijeron que ésta mandaba me fuera yo a casa inmediatamente. Enteréles antes de los enfermos que habían pedido nuestra asistencia y salí para Madrid. Cuando llegué a casa me encontré con mi amada Madre Soledad, que llorando me abrazó y me dijo: “Hija mía, ¡con que dejó usted allá a su compañera!”.

Yo también me impresioné, y lo mismo las demás hermanas. Después de preguntarme minuciosamente todos los pormenores referentes a la enfermedad y muerte de la hermana, me llevó un poquito a la iglesia y luego dispuso que me trajesen de comer a su despacho, después de lo cual me mandó descansar, encargando a la hermana Loreto Navarro que se estuviese al lado de mi cama toda aquella tarde y hasta el día siguiente. Tal era la fineza y cariño con que nos trataba³⁶.

³⁶ Zugasti, pp. 314-316.

3. CARIDAD

La caridad de la Madre Soledad con los pobres y necesitados fue muy grande. Y, a pesar de su pobreza y escasez de medios, siempre tenía algo que dar, especialmente a las familias pobres a las que asistían sus hijas.

Fernanda Iribarren afirma: *Cuando regresábamos de las asistencias, se informaba de cuanto había sucedido y, cuando las familias eran muy pobres, les mandaba los alimentos. A veces enviaba camas y ropa de cama y otras cosas útiles*³⁷.

Ayudaba a tanta gente pobre que, cuando iba por el barrio de Valdehermoso de Madrid, la gente decía: *Ella es nuestra Madre*. Un día la Madre llamó a una hermana y le dijo: *“Hija mía, vamos a visitar a una pobre enferma que está muy grave y quizás pueda morir esta noche. Vamos a llevarle dos candeleros con dos velas para que se alumbre y también un poco de ropa por si la necesita”*. La casa estaba en el barrio de Chamberí y llegaron pronto. La enferma, al verla, se conmovió y decía: *“Oh, qué feliz soy”*. La Madre la asistió y la ayudó a bien morir. La vistieron y la velaron hasta la mañana siguiente. La familia quedó muy agradecida³⁸.

En Madrid, en la calle de Fuencarral, en una casa que hace esquina con Velarde, fue una hermana a asistir a una pobre mujer, que vivía en una buhardilla y estaba tísica, pero sin ningún recurso. La Madre Soledad fue a verla y vio lo que había en aquella buhardilla. Enseguida volvió a casa, preparó ropa para poder mudar a la enferma y que pudiera estar aseada; pero como el médico mandó a la enferma tomar huevos, y no podía ser, fue la Madre Soledad y le dijo a sor Patrocinio (ecónoma de las Siervas): “De las pocas gallinas que hay en casa, prepáreme usted todos los días cuatro huevos, hasta que yo le avise”.

*Y así se hizo. Preparó una caja de las usadas para sobres y, con recortes de papel para que no se rompieran, me mandaba todos los días, sin faltar uno, a llevar la caja con los cuatro huevos para la enferma. Así estuve dos meses justos hasta que falleció. Y recuerdo muy bien las palabras de sor Patrocinio, que decía: “Desde que manda la Madre Soledad los cuatro huevos a esa pobre enferma, ponen las catorce gallinas que tenemos”*³⁹.

³⁷ Sum p. 140.

³⁸ Sum pp. 481-482.

³⁹ Zugasti, p. 408.

Declara sor María Monserrat Núñez: *El día de Jueves Santo, lavaba los pies y los besaba, y hacía esto siempre con tanto fervor que derramaba muchas lágrimas y, sobre todo, cuando al final hacía oración para que, entre todas, no hubiera ningún Judas. En el mismo día, antes de hacer esta ceremonia, daba de comer a más de cien pobres, aunque la Comunidad no tenía nada de más ni aún lo necesario. Mandaba preparar tres grandes ollas de comida y luego las hermanas, animadas con su ejemplo, iban dejando de su ración, cada una lo que quería, para los pobres, y las había que les daban todo lo mejor. Esto lo he visto y lo puedo acreditar, porque he estado más de 15 años en la cocina*⁴⁰.

Un día se presentaron en la casa dos obreros que no tenían ni para comer. La Madre les hizo trabajar en el huerto para pagarles su jornal, pero le informaron que estaban atacados del cólera y los asistió personalmente hasta que pudieron recuperarse y regresar a sus casas. Y allí les mandaba comida todos los días hasta que estuvieron bien⁴¹.

Sor María Ros declaró: *Una vez, estaba yo asistiendo a una pobre señora y le manifesté a la Madre las estrecheces económicas de la familia. La Madre la socorrió hasta que curó la enferma*⁴².

El señor José Almaraz certifica que la Madre muchas veces volvía a su casa, a pie con lluvia, con la finalidad de dar de limosna el dinero que le habían dado para tomar movilidad.

De la caridad que ejerció la sierva de Dios con los enfermos pobres, buenos testigos son los hermanos Rodríguez, de quienes ella se servía para esos casos. “Recuerdo bien que, siendo yo chico —dice Fernando—, me mandaba a mí y a mi hermano Ángel a llevar cestas de comida para los enfermos y las hermanas que los estaban asistiendo. También íbamos con las cestas por Cuatro Caminos y otras calles de esta capital. Recuerdo además que también daba a mi padre colchones y ropa de cama para los enfermos pobres. ¡Qué hermosas eran las palabras que decía a Ángel, cuando lo mandaba con cestas de comida para los enfermos y sus familias!

¡Pobrecitos! Nosotras somos pobres, pero la caridad es obligatoria; llévate esta máxima siempre, Ángel; que Dios premia siempre al que hace muchas obras de caridad. ¡Cuántas veces me decía estas palabras! Así que los enfermos siempre me preguntaban por ella, y tenían muchas ganas de conocerla

⁴⁰ Vista por sus hijas, p. 42.

⁴¹ Sum p. 444.

⁴² Sum p. 430.

*los que no la conocían para darle las gracias por lo que hacía con ellos y con sus hijos*⁴³.

Inocencia, la hermana de la Madre Soledad, era muy pobre. Había quedado viuda y había muerto su única hija. Los días que no tenía para comer, iba a la portería del convento y recibía comida al igual que la de las hermanas. Después que murió la Madre Soledad, desde 1891, la Comunidad le dio una pensión de 30 reales mensuales para sus gastos. En septiembre de 1894 la llevaron a vivir al convento de Madrid y le prepararon una habitación fuera de la clausura, atendiendo a sus gastos hasta septiembre de 1895 en que murió.

4. CORRECCIONES

Una de las cosas que le resultaba más difícil, pero que lo hacía sin dudar por el bien de sus hijas, era la corrección. Lo hacía con amor y caridad, pero no siempre las hermanas recibían la corrección con humildad y paciencia. La Madre Soledad era consciente de que debía hacerlo y que era su obligación.

Un día el arzobispo de Zaragoza avisó a la Madre que sus religiosas hacían penitencias muy fuertes. Fue de inmediato a verlas. Visitó las celdas y encontró instrumentos de penitencia como cruces de madera con puntas de hierro, cilicios... Por otra parte, estas mismas religiosas habían introducido ciertos abusos, haciendo pliegues en el hábito y con tela no correspondiente a la pobreza religiosa. La Madre las amonestó, destituyó a la Superiora, cambió de casa a algunas hermanas y consiguió del arzobispo un nuevo confesor⁴⁴.

Una vez reprendió duramente a dos religiosas que se habían cosido los pliegues del hábito con una cierta presunción. La sierva de Dios echó mano de las tijeras y descosió los pliegues, diciendo que, mientras viviera, no permitiría esos abusos⁴⁵.

En una ocasión, viajando la Madre en una diligencia, un pasajero insultó a las hermanas, diciendo que debían trabajar. La sierva de Dios le replicó: *Sí, hijo mío, pronto comenzarán a trabajar y quizás comenzarán por su casa. Y, de hecho, al poco tiempo, su esposa se enfermó y fueron a atenderla*⁴⁶.

⁴³ Zugasti, p. 407.

⁴⁴ Sum pp. 567-568.

⁴⁵ Sum p. 555.

⁴⁶ Sum p. 125.

En otra ocasión, un señor las insultó y ella, con firmeza y delicadeza, le respondió que, si no las respetaba como religiosas, al menos las respetara como señoras.

La Madre Rosario Carvajal dice en su declaración: *Cuando tenía que reprender a una hermana, lo hacía con tal prudencia y tan en secreto, para que las demás no se enteraran, y de tal modo arreglaba diferencias entre unas y otras, que ninguna quedaba ni vencedora ni humillada. Eso mismo declaran otras hermanas, confesando haberlo en sí mismas experimentado*⁴⁷.

Sor María Ascensión Adán declaró lo siguiente: *El día 16 de julio de 1875 ingresé en la Congregación de Siervas de María, que habitaban en Madrid. Al día siguiente, me dieron para desayuno una jicarita de chocolate del más inferior que había en Madrid. Yo, acostumbrada a los buenos desayunos de Aragón, no me gustó y no lo tomé. Cuando nuestra Madre Soledad vio que no tomaba nada, se acercó y me dijo: “Hija mía, ¿por qué no toma el chocolate?”. Yo le contesté: “Porque no me gusta”.*

*Lo creo, me contestó ella, pero tome usted hoy dos copitas, mañana media jicarita y pasado entera, y verá, hija mía, cómo le gusta. Todo esto me lo dijo con tanto agrado que así lo hice y en adelante siempre me gustó*⁴⁸.

Sor Buen Suceso Fernández nos dice: *Un día se fijó que yo no comía ni aceitunas ni gazpacho; me preguntó por qué no lo comía y le contesté que porque no me gustaba. —¿No te gustan? Hija, hay que comer de todo. Cuando vayas a asistir a un pobrecito y te den eso de comer, ¿qué harás? Anda, ahora, en vez de un platito, toma dos.*

*Cuando tomé el santo hábito el 15 de mayo del mismo año, me mandó a la cocina. Un día que hice el chocolate muy claro, me llamó y me dijo: “Santa Clara, ven acá, ponte de rodillas; te doy este castigo para que pongas cuidado, cuando hagas la comida de la Comunidad, para que no se quejen de que se les hace mal la comida*⁴⁹.

⁴⁷ Apuntes, p. 142.

⁴⁸ Vista por sus hijas, p. 261.

⁴⁹ Vista por sus hijas, p. 75.

5. TERNURA MATERNAL

La Madre Soledad tuvo un carisma especial para atender a todas sus hijas como una verdadera madre.

Sor Ascención Adán nos dice: *Al acercarse el tiempo de la toma de hábito, quería volver al seno de mi familia y lloraba. La Madre me dijo: “¿Por qué llora?”. “Me acuerdo mucho de mi madre”. Ella me contestó llena de unción: “No es extraño que usted se acuerde de su madre, cuando yo me acuerdo de la mía después de tantos años”, y, levantándose, me dio un abrazo y besándome en la frente me dijo: “Hija mía, aquí tiene usted otra madre, tranquilícese”. Dijo esto con tal unción de caridad que me pareció lloraba también ella. Todas mis penas y tentaciones desaparecieron y mi amor se fue hacia ella.*

Era una verdadera madre, lo mismo en lo corporal que en lo espiritual. No podía oír toser; inmediatamente nos mandaba acostar hasta que desaparecía la tos, prodigándonos toda especie de cuidados, porque decía nuestra Madre que al principio se curan todas las dolencias con más facilidad.

Una vez estaba yo asistiendo en la Cuesta de Santo Domingo, sólo de noche, y al día siguiente me iba a casa. Uno de los días me cogió una nevada en el camino, y, cuando llegué a casa, llevaba el ruedo del santo hábito mojado. Nuestra Madre al verme entrar mojada, exclamó: “Hija mía, ¿por qué ha venido usted?”. Le contesté: “Madre, la nevada me ha cogido en el camino. Inmediatamente me llevó a la cama sin entrar en la capilla. Ella misma, me arropó bien y mandó que me trajeran el desayuno y que no me levantara hasta la noche para volver a la asistencia. Esto, si me encontraba bien, y mandó a la Madre Candelaria que se estuviera conmigo hasta que estuviera caliente y me durmiera. Todo esto lo hacía con un amor maternal tan lleno de caridad que arrebatava los corazones y no echaba una de menos el seno del materno hogar⁵⁰.

Sor Sagrario Rey nos informa que, yendo a Valencia, iba con la Madre una postulante enferma, con la pierna con llagas. La Madre la curaba todas las veces que necesitaba con el cariño de la más tierna madre. En otra ocasión, hallándome yo con el cargo de enfermera en la casa Madre, a altas horas de la noche se puso una hermana muy grave y fui a dar cuenta a la Madre Soledad para que me mandase otra hermana para ayudarme, pero no me mandó ninguna, sino que ella misma vino y se estuvo conmigo toda la noche. En seguida empezó a hacerle muchísimos remedios con suma solicitud, como la madre más cariñosa y solícita por sus hijas, haciendo ella misma todos los oficios más bajos y

⁵⁰ Vista por sus hijas, pp. 261-262.

*repugnantes con la hermana enferma, sin dejarme a mí tomar parte en ellos. Hasta ahí llegaba la caridad de nuestra Madre*⁵¹.

Enfermó de viruela una postulante, que se hallaba en un establecimiento, y los encargados de él mandaron que la sacaran enseguida, y la llevaran al hospital general. Enterada la Madre, se presentó allí acompañada de una hermana, que, habiendo sufrido esa infección, pudiera asistir a la enferma. No lo consintieron los del Homeopático. Reflejando en su semblante la angustia que esta negativa le produjo, previsto por ella el peligro que la pobre postulante podría correr, resolvió la buena Madre llevársela a la casa de las Siervas, y con el cuidado que pudiera tener la madre más solícita con su único hijo, envolvió a la variolosa entre mantas, la colocó en una camilla, encargó a cuatro enfermeros que la trasladasen, y, sin separarse de aquella prenda querida, la siguió todo el camino. Repetía con frecuencia a los enfermeros: “No vayan tan de prisa, que no quiero perderla de vista”.

*La hermana que acompañaba a tan bondadosa Madre dice que ésta sufría tanto interiormente que iba por la calle tropezando a cada paso. Dios premió la caridad de la Madre con la plena salud de la hija. Hechos como éste nos revelan la ternura de aquel corazón y manifiestan la grandeza de alma de esta escogida de Dios*⁵².

*Cuenta la Madre Rosario Carvajal que en una asistencia se llenó de miseria (piojos) y volvió a casa toda plagada y angustiada por el hervor de sangre que esa asquerosa invasión le produjo. Llegué así a la portería, me vio la Madre y yo, por temor de que se le pasara a ella tanta miseria, le decía: “No se acerque, Madre”. Enterada que fue del caso, me llevó a una habitación y ella misma con gran caridad me ayudó a limpiarme; y, como yo tuviese algún reparo, me decía: “No se apure, hija mía, que soy su madre”. Y, efectivamente, con cariño más que de madre, hizo cuanto pudo para que quedara yo completamente libre de tanta molestia. Mandó traer un hábito, y como yo en realidad no estaba bien, me cogió del brazo, y me llevó a la cama y con solicitud maternal me iba repitiendo: “No tenga pena, hija mía”. Y después, a cada ratito, venía a ver cómo seguía*⁵³.

Sor Inés Medina declara: Una novicia, llamada Almudena, profesó habiendo ocultado que tenía cáncer en el pecho bastante avanzado. Cuando la Madre trató de enviarla a una Casa, le descubrió la enfermedad. La Madre, como Superiora General, la reprendió, pero no la despidió como podría haberlo

⁵¹ Vista por sus hijas, p. 285.

⁵² Zugasti, p. 239.

⁵³ Zugasti, p. 397.

*hecho por ocultar la verdad. Como la enfermedad iba empeorando, decidió curarla ella misma. Yo la vi curar a la enferma por espacio de cuatro meses, durante dos horas cada día, con gran caridad, mientras las hermanas huían de ella por el olor insoportable. Era algo tremendo verla reducida a los huesos y costillas, pero la Madre la atendía y la cuidaba con cariño de madre*⁵⁴.

Sor Refugio Escalada nos dice: *Mucho deseaba yo tomar el santo hábito, pero Nuestro Señor me sometió a una gran prueba, mandándome unas viruelas que, aunque benignas, me impidieron tomarlo con mis compañeras, así que, hasta los diez meses menos un día, sola y a escondidas, no lo tomé, porque el Gobierno lo tenía prohibido. Recuerdo que, estando yo vestida de blanco como se acostumbra en estos casos, preparada para la ceremonia, vino una visita y tuve que esconderme. No tuve madrina, ni refrescos, ni nada, y por mucho obsequio me dio la Madre misma un pedacito de bizcocho a la hora del desayuno. Mucho se lo agradecí*⁵⁵.

Cuando había religiosas enfermas, ella, siempre que podía, las atendía personalmente como una madre. Sor Dolores Serrano declaró que, siendo novicia, se enfermó de tifo y la Madre la atendió de modo que ni su madre lo hubiera podido hacer mejor. Sor Cruz Erades tenía un brazo en malas condiciones y los médicos habían decidido amputárselo. La Madre no lo permitió; la curaba tres veces al día y así curó⁵⁶.

Por sus hijas hubiera dado la vida. Por eso, podemos comprender cómo en una oportunidad en que en Madrid había revolución y tiros por las calles, la Madre salió a buscar por las casas a sus hijas y ver cómo estaban⁵⁷.

Cuando moría una hermana, antes de sepultar el cadáver, la Madre se ponía de rodillas y, llorando, le daba un beso en la frente⁵⁸.

⁵⁴ Sum pp. 244-245.

⁵⁵ Zugasti, pp. 134-135.

⁵⁶ Sum pp. 440-441.

⁵⁷ Sum p. 243.

⁵⁸ Sum p. 530.

TERCERA PARTE

BENDICIONES DE DIOS

1. PROTECCIÓN DIVINA

El año 1865 llegó el cólera y Madre Soledad puso en pié de guerra a sus veinte religiosas, que se multiplicaron para ayudar por todas partes de Madrid. Ninguna de ellas sufrió contagio por la gracia de Dios. El padre Ángel, como Director del beaterio, recibió del gobierno una condecoración como reconocimiento.

En 1883 la Madre Soledad, después de haber despedido en el puerto de La Coruña a las hermanas que iban a Cuba, se fue en vapor de La Coruña a Santander. La travesía fue muy mala y ella era la única mujer en el barco. Sobre esta aventura ella misma manifestó: *Ha estado la mar tan mala que creí quedarme en ella; todo el tiempo luchando con las olas, sobre todo una noche. Creyendo haber andado mucho, cuando amaneció, nos encontramos en el mismo lugar. Yo clamaba a la santísima Virgen que cesase el temporal y tan de veras lo pedí que atribuyo a un milagro de la Señora el que nos hayamos salvado. La verdad es que yo creí que eran los últimos días de mi vida y me dispuse a morir, dejándome en las manos de Nuestro Señor para que hiciese de mí lo que fuera su santa voluntad. Por lo demás, yo venía tranquila. Aquellos pobres hombres se portaron muy bien conmigo*⁵⁹.

En la peste de cólera de 1885, dice sor Rosina Laviano: *Las Siervas de María de la Casa de Valencia cuidaban a domicilio a los contagiados, y, aun estando ocupadísimas todas, se veían precisadas por fuerza a dejar desatendidas la mayor parte de las peticiones; y también se encargaron cinco o seis de ellas del hospital provincial que el Gobierno instaló a las afueras para recibir a los pobres. Sobraban enfermos y faltaban hermanas que los asistiesen, y aun algunas de éstas se veían atacadas, aunque no mortalmente, a Dios gracias, por el mal. Apenas lo supo la Madre Soledad, dispuso que de la Casa Madre saliesen para Valencia cuatro hermanas. Antes de partir les habló con mucha unción sobre el beneficio de poder ejercitar la caridad por amor de Dios, y emocionada les decía: “Miren, hijas mías, van para asistir coléricos; pero estén muy contentas, porque, si por este motivo se mueren, son mártires”. Tanto nos animó esta buena Madre con el ardor de su caridad, que nos la comunicó a nosotras, que marchamos contentísimas, considerándonos muy felices en poder dar nuestra vida por Dios y por amor a nuestros prójimos enfermos*⁶⁰.

⁵⁹ Zugasti, p. 291.

⁶⁰ Panedas, p. 286.

Una Sierva de María asistió en la Habana a un caballero enfermo. Cuando se mejoró, le avisó que ella se retiraba a su casa. El caballero insistió en que se quedara aquella noche. La hermana le contestó: *Faltaría yo a mi deber, si tal hiciera, de no tener un permiso especial de mi Superiora. El caballero, que por lo visto gozaba de prestigio y en la casa le tenían alguna consideración, apelando por este recurso a la Superiora, le rogó concediese lo que deseaba, y así fue, no viendo en ello más que un deseo franco de tener el gusto de disfrutar unas horas más de la grata compañía de la hermana, y ésta, como buena religiosa, obedeció, consintiendo en quedarse, aunque veía que no era preciso. Dios premió su obediencia, como se verá por lo que pasó. Como a las nueve de la noche dijo el enfermo a la Sierva: “Ya que me encuentro bien y usted, hermana, estará cansada, puede irse a su cuarto a descansar tranquila”. Ella sencillamente, y sin pensar más que en aprovecharse de la indicación, dio la gracias, terminó sus devociones y al cabo de media hora se recostó tranquila, no levantándose hasta por la mañana sobre las cinco. Después de sus rezos pasó al cuarto del “medio enfermo” a preguntarle cómo había descansado, oyéndole con la más profunda sorpresa que decía: “Apenas nada he dormido, y como estaba tan desvelado, me levanté a medianoche para ir a su cuarto a distraerme, hablando con usted (la verdadera intención se ignora), pero en la mitad del camino observé que la puerta estaba abierta y la estancia iluminada. Sobrecogido de algún temor, me paro y advierto que estaba usted paseando y leyendo en su libro, lo que suspendiéndome, me obligó a retroceder y meterme en la cama. Oía todo esto en silencio la hermana llena de asombro y admiración, pero con la mayor calma y prudencia para no mostrar lo que sentía, pues comprendió que algo extraordinario se había obrado en su favor, por estar ella muy segura de hallarse acostada en semejante hora y de no haberse levantado en toda la noche; por lo que, aunque indigna, no dudó que o la santísima Virgen o el ángel de la guarda tomaron su figura para preservarla de un peligro cierto*⁶¹.

Un día, en tiempo de revoluciones, alborotados los republicanos de Madrid, se presentaban delante de los conventos gritando: “¡Abajo las monjas en nombre de la libertad!”. Daba pena ver a la pobrecita Madre Soledad asustada, y llorando, pensando lo que sería de sus hijas. Estaba —decía el padre Ángel— como una avecilla cuando alguna mano ingrata le quiere quitar sus hijitos. Por temor de que asaltaran el convento, quedaron aquella noche de vela la Madre Soledad, el padre Ángel, la hermana Patrocinio y algunas de las más antiguas, cuando a eso de la medianoche oyeron que se acercaba a nuestra Casa un gran tropel de gente y llamaba a la puerta. “Ya están ahí”, se dijeron. Estaban las pobres religiosas con el corazón oprimido, angustiadas, sin saber qué sería de la Congregación, cuando de repente oyeron la voz de un hombre,

⁶¹ Apuntes, pp. 455-456.

que decía a voces: “Madre Soledad, abra usted la puerta; no tema usted nada, que les traigo gente para que las custodie y no las moleste nadie. Porque en una ocasión en que me vi apurado, usted me asistió, y ahora no permito que le suceda nada. Soy el jefe de este regimiento y aquí estarán custodiando la casa hasta que todo quede tranquilo”.

*Así sucedió. Cuando la Madre abrió la puerta, los hizo entrar, les dio lo poco que tenía de pastas y algunas copitas; pero ella ya no durmió. Aquella noche la pasó en oración, dando gracias a Dios y a la santísima Virgen. Aquello le parecía un sueño y le proporcionó una gran tranquilidad*⁶².

La Madre Soledad le refirió a Monseñor Toribio Minguella, agustino recoleto: *Fui a Valencia en tiempo de la revolución y me presenté al obispo, que me preguntó: “¿A qué viene usted? ¿A qué viene a Valencia en estas circunstancias?”. “A fundar la Casa de las Siervas de María”. “Esto es una locura, un imposible; escóndase usted, márchese y espere a que pase esta borrasca”. “Excelentísimo señor, yo voy a presentarme...”. “¿A quién?”. “Al Presidente de la Junta revolucionaria”.*

*Estupefacto el Prelado, me despidió diciendo: “Vaya con Dios, hija, que el Señor la proteja”. Y me presenté ante la Junta, y hablé al Presidente, quien no entendía mi pretensión, hasta que le dije: “Vengo a fundar una Casa de religiosas dedicadas al cuidado de los enfermos”. “Ya puede usted comenzar a cuidarlos, me respondió; en las barricadas hallará usted no pocos heridos”. Y comencé la obra caritativa, y aquel señor se constituyó en protector nuestro y se fundó la Casa de Valencia*⁶³.

*Un día recibió una carta de Santiago de Cuba en la que le notificaban que las hermanas habían corrido mucho peligro de morir, cuando el vehículo en que viajaban cayó por la carretera. Nos leyó la carta llorando y pidiéndonos que rezáramos a la santísima Virgen para agradecerle, porque habían quedado sanas del accidente*⁶⁴.

El día 9 de junio de 1899, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, cuando se preparaban para celebrar la solemnidad, se presentó una densa nube que oscureció el sol y comenzó a lanzar granizo con tal fuerza que los cristales de colores de las ventanas góticas de la iglesia caían en el presbiterio violentamente, arrastrados por las piedras de gran tamaño. Las Siervas se reunieron ante el altar de la iglesia, bajaron la imagen de la Virgen de la Salud, la colocaron donde no

⁶² Zugasti, pp. 220-221.

⁶³ Zugasti, p. 146.

⁶⁴ Sum pp. 508-509.

llegaban las piedras e, invocando su ayuda, rezaron el rosario. Felizmente no hubo ninguna desgracia personal

¡Y de cuántos peligros de alma y cuerpo el Señor salvó y sigue salvando a la Siervas que confían en Él!

2. PROVIDENCIA DE DIOS

Muchas veces la Madre Soledad se sentía angustiada por la urgencia de pagar a los obreros o de cancelar las compras realizadas. En esos casos, acudía al Amor de los Amores, a su esposo Jesús, y, llorando, le pedía ayuda para solucionar sus necesidades. Jesús nunca le falló, pero en ocasiones le hacía sufrir hasta el último momento para fortalecer su confianza en Él. Veamos algunos ejemplos.

Mucha era la pobreza que en aquellos tiempos teníamos; así que uno de esos días en que yo estaba en la cocina, como no me hubiese traído la carne, me fui a la Madre Soledad y se lo dije. Bien sabía ella el motivo y me dijo: “Mira, no tengo más que diez reales para daros de comer”, queriéndome dar a entender con esto, que por eso no se había traído carne, y añadió: “Pero no nos apuremos que Dios proveerá”. Estas palabras las dijo, sin duda, con verdadera confianza en la divina providencia, confianza que Dios premió al momento, pues al poco rato vino muy contenta y me dijo: “¿No te dije que Dios proveería?, pues mira, ha venido un caballero y me ha traído esta limosnita. Voy corriendo para que te traigan la carne. Yo creo que eran 16 duros”⁶⁵.

La Madre Saturnina Santiago declaró que, al principio de la fundación, muchas veces la Madre Soledad se encontró sin tener qué dar de comer a las hermanas. Se iba a la capilla y le decía a la Virgen: *Madre mía, ya ves cómo estamos; no lo hagas por mí, que soy indigna, pero sí por estas pobres que vienen llenas de entusiasmo a tu casa y, al ver tanta pobreza, se irán. Y siempre la Virgen remediaba estos casos.*

En Almería salieron dos hermanas, acompañadas de un sacerdote, a pedir ayuda de puerta en puerta por la ciudad. Tres días estuvieron en esta postulación. Uno de esos días la señora María de Burgos fue a ver a la Madre Soledad, que hacía de portera y cocinera. Le entregó una fuerte suma de dinero y la Madre, llorando a sus pies, le dio las gracias, diciéndole: *Doña María, Dios se lo pague, porque ya no tenía ni un céntimo para darles de comer.*

⁶⁵ Vista por sus hijas, p. 75.

Un día un desconocido se presentó al anochecer, preguntando si podía ver la obra de la iglesia que estaba parada. Preguntó cuánto costaría terminarla y entregó una fuerte cantidad de dinero sin querer admitir recibo ni decir quién era. Solamente pidió que lo encomendaran al Señor ⁶⁶.

La señora María Santos que fue novicia en 1857, declaró: *Un día en que por falta de recursos nuestra Madre se encontraba muy apurada, me dijo: “Ven, hija mía, busquemos pan”. Y fuimos a visitar a la reina Isabel II, que tanto la quería. Le ofreció 18.000 reales, que fueron entregados por uno de sus ministros el que, al entregárselos, dijo a la Madre: “¿Tiene usted bastante?”. Sí, señor, bendito sea Dios en sus dones* ⁶⁷.

José Almaraz declaró: *Una vez la Madre debía pagar 8.000 pesetas. Cuando yo fui en la tarde por encargo de mi tío a llevarle esa suma, me encontré con ella que salía de la capilla y le estaban dando un sobre que había dejado un señor desconocido y que se había ido sin más. El sobre contenía 10.000 pesetas. Y así pudo superar aquella necesidad y no tuvo necesidad de la ayuda que le prestaba mi familia* ⁶⁸.

En otra ocasión, afirma sor María Miguel, *mientras yo asistía al padre Potenciano (confesor de la Madre cuando era niña) le oí decir que una vez se presentó delante del edificio en construcción de la Casa Central un carruaje y la señora que iba en él preguntó por qué estaba parada la construcción. Al decirle que por falta de fondos, entregó 25.000 pesetas y se fue sin querer decir quién era* ⁶⁹.

Cuando fundó la casa de “Puente la Reina”, al despedirse de las hermanas y ver afligida a la Superiora por la falta de dinero, le dio seis pesetas y le dijo: “Tenga ánimo y confíe en la providencia, porque Dios proveerá”. Después que la Superiora regresó de despedir a la Madre en la estación, un señor desconocido tocó la puerta y le entregó una onza de oro ⁷⁰.

Una vez en que estaba en dificultades de dinero, se presentó en la Casa el obispo fray Ceferino González y, reuniendo a la comunidad, le entregó a la Madre un puñado de monedas de oro, diciéndole: *Madre, estas medallitas son para sus hijas*. En otra oportunidad se presentó el marqués de Urquijo y se ofreció a colaborar con un escudo cada día hasta la terminación del edificio. Este

⁶⁶ Zugasti, pp. 330-331.

⁶⁷ Zugasti, p.88.

⁶⁸ Sum p. 357.

⁶⁹ Sum, pp. 364-365.

⁷⁰ Sum p. 373.

señor consignó también al Banco de España la suma de 75.000 pesetas, que era la deuda que tenía pendiente la Congregación ⁷¹.

Sor Inés Medina recuerda lo siguiente: *Un día, durante la construcción de la Casa general, no había dinero para pagar las deudas. La Madre abrió el cajón de su mesita y, sin saber cómo, encontró todo el dinero que necesitaba para pagar las deudas. La Madre, sorprendida, hizo la señal de la cruz y dio gracias a Dios. Yo estaba presente en ese momento* ⁷².

Sor Asunción Barona nos dice: *En ocasión de estarse haciendo la obra de esta Casa de Madrid, se hallaba un día muy apurada por no tener con qué pagar a los operarios que trabajaban en la iglesia. Llamó a un pobre para que hiciera una alberca en el jardín de esta casa, y mandó que le dieran tres tazas de caldo en nombre de la Santísima Trinidad, porque el pobrecito estaba helado de frío; y nuestro Señor se lo recompensó muy bien, pues aquel mismo día llamó a la puerta un desconocido que le entregó 3.000 reales, con los cuales salió de aquel apuro, sin que se pudiera conseguir que el desconocido dijese su nombre ni admitiese recibo. Ella, en aquel instante, se fue a dar gracias a Dios nuestro Señor y a la santísima Virgen, lo cual hacía siempre que recibíamos limosnas* ⁷³.

En los *Apuntes históricos* se refiere que un día la Madre estaba afligida, porque había que pagar a los obreros y no tenía cómo. Sor Consuelo Touriñán con otra hermana salieron a pedir por Madrid. Eran las once de la mañana y no habían recogido nada. Llegaron a una casa y, al verlas, la portera, informada del objeto que las llevaba, les dijo: “Hermanitas, en el principal no llamen, porque es una familia judía que nada les dará”. Consultaron entre sí y decidieron llamar. La puerta se entreabrió tímidamente, saliendo una señora, que diciéndoles que esperasen, volvió a cerrar. Al cabo de un rato de espera, vieron abrirse la puerta como antes, pero presentándoles en una bandeja 40 duros en plata, como limosna para la obra. Apenas acertaban a creer lo que veían, tal fue su asombro. En este acto reconocieron el poder del Señor y con alguna otra limosna que recogieron, pudo la Madre pagar aquel día a sus pobres jornaleros, bendiciendo al Señor, que tan prodigiosamente se dignaba consolar su ánimo y espíritu ⁷⁴.

En los momentos difíciles en que no tenía dinero para comer o para pagar las deudas acudía al sagrario y a la Madre de la Salud y decía a todas llena de confianza: *Dios proveerá*.

⁷¹ Sum p. 377.

⁷² Sum p. 380.

⁷³ Apuntes, p. 110.

⁷⁴ Apuntes, pp. 109-110.

Tenía mucha devoción a san Cayetano y decía que era el santo de la providencia, invocándolo también con frecuencia.

3. CARISMAS SOBRENATURALES

a) PROFECÍA

Afirma Sor Inés Medina: *Regresando una vez de una asistencia, contraje una grave enfermedad. La Madre me asistió y me velaba por la noche. El médico me desahució, porque se trataba de envenenamiento de la sangre, pero la Madre insistió en que no moriría y que el día tres de junio, fiesta del Corpus Christi, bajaría a recibir la comunión en la capilla; y que el día cinco volvería a las asistencias. Y todo se cumplió*⁷⁵.

*En septiembre de 1887, en unas profesiones, en un momento de alegría, le pusieron una corona de flores de naranjo en la cabeza y ella dijo: “Sí, hijas mías, coronadme ahora, porque no tardaréis en hacerlo en mi sepultura”*⁷⁶.

*Cuando ya estaba muy grave, la maestra de novicias le presentó dos postulantes y ella replicó: “Sí, hija mía, las bendigo, pero una de ellas me seguirá pronto”. Y así sucedió, pues una murió poco después*⁷⁷.

Una vez estaban juntas sor Jacinta Oyarzun y sor Salomé, siendo novicias. Y dijo a sor Jacinta: “Hija mía, todo por amor de Dios”. Y a sor Salomé: “Tu, hija mía, no tomarás el velo negro”. Y, de hecho, ella que era sana y robusta, murió antes de la profesión.

*Sor Presentación Torres me contó, afirma sor Flora Larrer, que, siendo jovencita, ella fue con su madre y una hermana, que quería ser Sierva de María. A ésta la Madre le dijo: “Tú no serás religiosa”, mientras que a la que después fue sor Presentación le dijo: “Tú serás Sierva”*⁷⁸. Y se cumplió la profecía.

Cuando la Madre estaba muy grave, deseaba la visita del padre Gabino y las religiosas se afligían, porque estaba fuera de Madrid. Ella les aseguró: *No se preocupen, vendrá antes de que yo muera*⁷⁹. Y así fue.

⁷⁵ Sum pp. 500-501.

⁷⁶ Sum p. 866.

⁷⁷ Ibidem.

⁷⁸ Sum p. 868.

⁷⁹ Ibidem,

Nicolás Díaz certifica: *Cuando yo estaba enfermo, además de consolarme, me profetizó que curaría y me aseguró que rezaría por esta intención* ⁸⁰. Sor Inés Medina declara: *La enferma que yo asistía estaba desahuciada de los médicos, pero la Madre le dijo a la familia que no moriría, porque ella se lo pediría a la Virgen. Y así sucedió, pronto se recuperó* ⁸¹.

b) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Sor Desamparados Gómez nos dice: *Estando yo en Pamplona de residencia, a poco de haber profesado en vida de nuestra venerable Madre Soledad, padecí por espacio de algunos años una fuerte tentación de dejar nuestra Congregación, por parecerme de poco rigor y aspereza para mi espíritu, e ingresar en otro monasterio de vida más penitente. Lo comuniqué varias veces con los confesores ordinarios y extraordinarios, y todos apoyaban mi determinación. Cuando yo trataba de llevarlo a efecto, visitó la Casa nuestra reverenda Madre Soledad y, llamándome aparte, empezó a hablarme y descubrir mi intento y, llena de caridad y mansedumbre, me hizo ver que era tentación lo que yo creía ser buen espíritu. Me dijo tantas palabras de consuelo que me parecieron más bien de un ángel del cielo que de una criatura de la tierra, y según estaba hablando, la tristeza desaparecía de mi corazón por completo, y por fin, al terminar, me abrazó y me dijo: “Con que, hija, ¿qué hacemos?, ¿nos quieres dejar? Yo le contesté resueltamente que no y, desde aquella fecha, hace cerca de treinta años, no he vuelto a sentir el menor asomo de tal tentación* ⁸².

Sor Teodora habló de que la Madre tenía conocimiento sobrenatural, porque en una oportunidad en que tenía muchas tentaciones, la sierva de Dios se las descubrió y le dijo: *“Hija mía, vete al pie del sagrario y después me dices si quedas contenta”*. Y así fue, porque le desapareció su inquietud de espíritu ⁸³.

José Almaraz afirma: *Una vez le dije a la Madre que había confesado y comulgado, pero no era verdad. Y ella me dijo: “No te has confesado y la prueba es que lo harás ahora”* ⁸⁴.

⁸⁰ Sum p. 872.

⁸¹ Sum p. 876.

⁸² Vista por sus hijas, p. 303.

⁸³ Sum p. 867.

⁸⁴ Sum p. 869.

c) CURACIONES

Sor Florencia Larrer declaró: *Tenía un quiste en el índice de la mano derecha. Los médicos dijeron que era de carácter canceroso y había que operarlo. Le pedí a la Madre que me quitara aquel mal y, después que rezó por mí aquella tarde, a la mañana siguiente el dedo estaba curado*⁸⁵.

*Al pasar visita en la Casa de Carcagente, había una novicia tan tentada de la vocación, y al tocarle a ella el turno de la visita, lo primero que hizo fue decirle que se quería ir a su casa. Al preguntarle la Madre el por qué, dijo que tenía mucho miedo cuando se quedaba de vela y no podía ser Sierva. Que era tanto el miedo que le parecía que algún día se la encontrarían muerta. De todo lo demás, decía, estaba contenta. La Madre Soledad le habló con mucha amabilidad y dulzura y, dándole una palmadita en la cabeza como acostumbraba, le dijo: “No te apures, hija mía, que ya no tendrás más miedo. La hermana se quedó tranquila y desde ese día, me decía ella misma, no volvió a tener miedo en ninguna ocasión*⁸⁶.

d) CONVERSIONES

Sor Elvira Álvarez declaró que *un señor protestante vino a Madrid, porque su esposa se había convertido al catolicismo y fundó un colegio protestante. Cayó enfermo y pidió una hermana que lo asistiera y la Madre Soledad, después de unos días, me envió a mí. Cuando vi al enfermo, se puso a llorar, dando señales de arrepentimiento con el rosario en las manos. Después se bautizó y le administraron los últimos sacramentos y murió bendiciendo al Señor, dándole a la Madre Soledad una de las más grandes alegrías de su vida*⁸⁷.

El médico de una cárcel —narra sor Justa Corral— nos dijo: “Hermanas, les voy a traer un preso enfermo, porque si no, en la cárcel se va a morir como un perro”. Vino muy grave. Era masón. Cuando iba el capellán del hospital a visitarle, se ponía furioso. Nos encargó la Madre que tuviésemos mucha discreción con él y lo encomendáramos al Señor. Así lo hicimos, y un día me dijo: “Hermana, dígame a la Madre que cuando venga el médico quiero que venga ella y el señor cura, porque tengo que arreglar un asunto”. El asunto fue que delante de tres testigos quiso detestar su mala vida. Se confesó, llamó a la mujer con quien vivía hacía ya treinta años, se casó con ella y murió santamente.

⁸⁵ Sum p. 882.

⁸⁶ Vista por sus hijas, p. 283.

⁸⁷ Sum p. 316.

El segundo caso lo cuenta largamente la hermana Mercedes Carmona: “En una ciudad asistí a un señor de unos cuarenta años, casado, y, desgraciadamente, irreligioso. Era el jefe de los masones de aquella región. Nadie se atrevía a decirle que se confesara, y aun los médicos me prohibieron le hablase de religión. Ocho días antes de morir le dije que yo tenía mucha pena de verle sufrir tanto y pedía a la santísima Virgen de la Salud lo pusiera bueno, si le convenía, pero sobre todo que le diera la salud de su alma, que ésta le convenía para vivir eternamente en el cielo. Me prometió confesarse cuando se pusiera bueno. Después quedó un poco vencido del sueño y yo, entre tanto, me puse a hacer oración, pidiendo a Dios nuestro Señor que lo convirtiera. De pronto me llamó y me dijo que quería confesarse, pero sin dar publicidad. La familia no quería que se confesase. Decían que no estaba para eso. Los masones, achacando a la monja chiquita, como ellos decían, la conversión del enfermo, trataron de darme un disgusto e impedir a todo trance que recibiera los sacramentos el que hasta entonces había sido su jefe. Tuvo que sostener la hermana no pocas dificultades, pero, al fin, el ejemplo sublime de la caridad que contemplaba aquel pobre y contemplan todos los asistidos por quienes han profesado dar la vida, si es preciso, por sus enfermos, lo venció todo.

—Hermana, diga a mi señora que quiero confesarme, que venga el confesor. Se confesó de toda la vida, entregó el mandil y los documentos masónicos, recibió la comunión y a las once y media de la noche entregó su alma⁸⁸.

Un periódico de la localidad, lleno de saña contra la Religión, comenzó a desatarse en asquerosas calumnias contra las Siervas de María y contra el obispo y deán que las habían traído. Director y propietario de este papelucho era un pobre fanático que se preciaba de ser masón y carbonario. Dios nuestro Señor le salió al encuentro, haciendo que enfermase gravemente una tía del mismo, que rica en otro tiempo, entonces en la mayor miseria, se vio en la necesidad de pedir una hermana que la asistiese. Los insultos que continuamente dirigía la enferma a la hermana eran de los más atroces, con los nombres más indecorosos. La hermana, en cambio, a cada uno de estos insultos multiplicaba sus pruebas de afecto y caridad. Como la asistencia fue larga, el carbonario visitaba con frecuencia a su parienta, observaba en silencio el comportamiento de la hermana y la paciencia con que sufría tanto impropio, y esta observación, junto con la transformación que la virtud de la Sierva de María obró en la enferma, haciendo de ella una mansa ovejilla, produjeron tal impresión en el ánimo del revolucionario, que no pudo contenerse sin decir

⁸⁸ Zugasti, pp. 217-218.

*delante de todos: “No creí que el heroísmo llegase a tanto”. Cambió desde aquel día el periódico y al fin se suprimió del todo*⁸⁹.

Monserrat Núñez cuenta: *Cansada venía de una asistencia de veintiún días la hermana Buen Suceso Fernández. Al llegar ya a la vista de la casa, observó que la Madre Soledad estaba en la puerta, hablando con una señora. Lo mismo fue ver la Madre Soledad a la hermana que decirle: “Mira, hija, te vas a ir con esta pobre señora, que se le está muriendo su esposo”. Había pedido una Sierva esta afligida señora y... ¡todas estaban asistiendo! La Madre aconsejó a la señora que se fuese a las Religiosas de la Esperanza, a lo que ella no accedió; por lo cual la bondadosa Superiora, le dijo: “Pues esperemos a la puerta y la primera hermana que llegue se irá con usted”.*

*¿Conocía la Madre la necesidad de asistencia que en aquella casa había? Reñido con su esposa el enfermo, sin haberse confesado en cerca de cuarenta años, ni quería recibir a aquélla a su lado, ni se preocupaba de morir sin sacramentos. La Sierva, con una prudencia muy recomendable y dirigida por la Madre Soledad, le fue preparando insensiblemente. En nombre de nuestra Señora del Carmen le propuso que se confesara, mandó llamar al sacerdote e hizo que estuviera preparada y cerca la afligida esposa. Se confesó el enfermo, se reconcilió con su consorte y entregó tranquilamente su alma en manos del Creador. Cuando conté a nuestra Madre todo lo que acabo de escribir, no sabía cómo dar gracias a Dios, y llena de emoción me decía: “Hija, Dios nuestro Señor fue el que nos inspiró hiciéramos esto, porque quería salvar esa alma”*⁹⁰.

⁸⁹ Zugasti, p. 341.

⁹⁰ Zugasti, p. 407.

CUARTA PARTE DEVOCIONES

1. EUCARISTÍA

Jesús Eucaristía era para ella el amor de su vida, el esposo adorado de su corazón enamorado. Y siempre que tenía problemas, acudía a su esposo divino a contarle sus dificultades y a pedirle ayuda. Y Jesús nunca la defraudaba, aunque la hiciera esperar para fortalecer su amor y su fe en él.

La Madre Josefa Díaz declaró: *El culto del Santísimo Sacramento era para ella la primera atención. Se la encontraba orando muchas veces como absorta, sin notar que la estábamos viendo, con aquella postura tan humilde. Su devoción al Santísimo era grandísima, queriendo tuviera mucha cera el altar, que ella misma varias veces arreglaba, pues decía que para el Rey de los Reyes debía ser lo mejor, y nos reprendía si en esto nos conducíamos con negligencia. En la santa misa jamás la vi sentarse*⁹¹.

Las inscribió a todas las hermanas de España y América en la adoración perpetua establecida en la catedral de Lugo. También las inscribió en el apostolado de la oración y en la Guardia de honor del Corazón de Jesús.

A este propósito, dice lo siguiente el fervoroso escolapio padre Fierro: *Vamos —decía a sus hijas la Madre— vamos al Sagrado Corazón de Jesús, que Él nos sacará bien de todo. Hijas mías, cuando os veáis en algún apuro, acudid al Sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen santísima.*

*Y era tal su deseo de que el Corazón de Jesús fuese glorificado por sus hijas, y de que se le rindiese culto y alabanzas en sus comunidades, que inscribió a todas en la Guardia de Honor del Sagrado Corazón; mandó que a la mañana y a la noche se invocase en Comunidad al Sagrado Corazón; que se hicese a las ocho de la mañana todos los días la consagración de la Comunidad al Corazón Sacratísimo, y en la noche se dijera por todas las Siervas, sus hijas, esta oración: “¡Oh, Corazón amorosísimo de Jesús!; yo os encomiendo en esta noche mi corazón y mi alma, para que en Vos descanse dulcemente; mas, porque mientras durmiere no podré alabaros, súplalo el ángel de mi guarda, de modo que cuantas veces palpите mi corazón, sean otras tantas alabanzas y acciones de gracias, dirigidas a vuestro amante Corazón y a vuestro eterno Padre. Amén”*⁹².

⁹¹ Zugasti, p. 376.

⁹² Zugasti, p. 377.

Hacía mucha oración y por las noches iba a estar algunas horas ante Jesús Eucaristía. Un día de carnaval estaba de rodillas ante el Santísimo y lloraba. Al preguntarle por qué lloraba, respondió: *Rezo por tantos pecadores que ofenden al Señor*⁹³.

2. LA VIRGEN MARÍA

Florencia Janer recuerda: *Tenía mucha devoción a la Virgen. De niña empezó esa devoción cuando su madre la reprendió por una faltita con su hermana, poniéndole como penitencia rezar tres avemarías a la Virgen, y ella creyó que debía hacerlo todos los días, y así lo hizo, y, pasado el tiempo, se hizo devota de los dolores de nuestra Señora. Visitaba muy a menudo la imagen de la Soledad de Nuestra Señora que había en la portería de las dominicas y cuidaba de su lámpara, como sé por su hermana y familia. Una vez religiosa, llamaba siempre a la Virgen “su querida Madre”. Veneraba mucho las imágenes. Cuando salió la imagen de la Virgen de la Salud para retocar, mandó traer una carretela de lujo, y mandó salir a las novicias con velas encendidas para despedir la imagen (y mandó tocar la marcha real), y ella misma, con la Madre Pilar dentro del coche, fueron a llevarla. Ella dirigía por sí misma todos los días el santo rosario y la corona dolorosa para la Comunidad. Se despertaba por su orden a la Comunidad, diciendo: “Ave María Purísima; levántense, hermanas, a alabar a Dios y a su santísima Madre”.*

Siempre que se salía a la calle, se iba ante la Virgen a pedir la bendición con tres avemarías, y al volver de la calle se hacía igual, presentándose a la Virgen diciendo: “Madre mía, aquí tenéis a vuestra hija”. En la sala de labor se saludaba a la Virgen con jaculatorias cuando sonaba la hora y cuando se renovaba la presencia de Dios. Ella rezaba el oficio parvo. El mes de mayo se celebraba con gran solemnidad y enseñaba a cantar; y el último día tenían que salir todas a ofrecer a María ramos de flores. El septenario de Dolores lo celebraban con mucha solemnidad. Durante el Jueves y Viernes Santo, día y noche, establecía un turno de vela para acompañar a la santísima Virgen en su soledad. En la Asunción hacía una gran procesión pública y dentro del convento, y se adornaban con flores todas las dependencias y llevaban a la Virgen cantando. A la Virgen de la Salud le celebraba solemne novena y decía: “La Virgen me concede todo lo que le pido”⁹⁴.

Amaba mucho a la Virgen María y le decía *Mi amada madre*. Todas las religiosas Siervas, tienen como primer nombre religioso el de María.

⁹³ Sum p. 257.

⁹⁴ Panedas, pp. 445-446.

Inculcó a todas el rezo diario del rosario, la devoción del Oficio parvo de Nuestra Señora y la coronilla de la Dolorosa.

Celebraba con gran entusiasmo las fiestas de la Virgen y, en especial, la de la Virgen de la Salud. El día de la Asunción de María, comienzo de la Congregación, distribuía flores para que las echáramos al paso de la imagen de la Virgen en la procesión que hacíamos dentro del convento y hacía que estuviera la imagen en cada celda de las hermanas para que las bendijera. En el mes de mayo invitaba a todas y cada una a ofrecer ramitos de flores a la Virgen María.

En una ocasión estaba la Madre en Lucena, en los días en que allí se festejaba a la Virgen de Araceli y, cuando llevaron esta Virgen a nuestra iglesia y las hermanas le cantaban, nuestra Madre, al verla tan festejada y con tantos cohetes y vivas, sintió tanto gozo y alegría que le dio una especie de vahido y se quedó sin conocimiento ⁹⁵.

3. LA VIRGEN DE LA SALUD

El mayor encanto de la Madre Soledad era la imagen de Nuestra Señora de la Salud, que colocada en medio de las hermanas desde la fundación, presidía y bendecía todas las imposiciones de hábito y profesiones de votos efectuadas en la Congregación. La Virgen de la Salud era para las Siervas la imagen predilecta. Su título más propio es *Salus infirmorum* (Salud de los enfermos).

Las primeras Siervas encontraron en un desván, donde se guardaban los objetos inútiles de la iglesia, una imagen de la Virgen. Estaba en un estado relativamente bien conservado y, después de retocada, quedó como la imagen típica de la Virgen de la Salud. Sacó reproducciones de la misma y las envió a todas las casas. También consiguió indulgencias para quienes la llamen con el dulce nombre de *Salud de los enfermos*. Siempre que una Sierva sale para las asistencias, se postra ante la imagen de la Virgen y le pide su bendición. Cuando vuelve, después de cumplir su labor, no sube a su habitación sin entrar antes a la iglesia y postrarse agradecida ante su Madre la Virgen de la Salud.

Un caballero piadoso, que el año 1871 tuvo la desgracia de sostener un litigio, de cuyo resultado pendía el quedarse tal vez en la miseria, acudió a la Virgen de la Salud y rogó a las religiosas que le hicieran una novena. Así lo hicieron, y en el último día recayó la sentencia favorable a su pretensión. Lleno de gratitud el caballero, para testimoniarle de algún modo a su celestial

⁹⁵ Zugasti, p. 158.

protectora, regaló a la santísima Virgen la corona de plata que cubre sus virginales sienes.

El año de 1864 hallábase lisiado de las piernas e imposibilitado un sobrino de la Madre Soledad. Acudió a la santísima Virgen de la Salud, imploró su auxilio, visitó la capilla y quedó curado. Al pie de la imagen quedaron, como testimonio fehaciente de la curación, las dos muletas que llevaba ⁹⁶.

Por otra parte recordemos que según las normas: *En todas las enfermerías de la Congregación, junto al oratorio, pero en pieza separada, habrá una imagen de talla y muy devota de nuestro Señor Jesucristo con el título de “El divino enfermo”, colocada sobre un lecho modesto, pero decente, sea para que las hermanas le recuerden y adoren con frecuencia en las asistencias; sea para que las novicias le velen en ciertas noches y presten otros oficios en la forma que disponga la Maestra; en fin, para que nuestras enfermas lleven sus padecimientos con mayor fortaleza y mérito ⁹⁷.*

Sor Ciriaca Sanz nos dice: *Recuerdo que, cuando salíamos del rezo de la mañana, se iba calladita, y nosotras, las postulantes que vinimos con ella, la seguíamos muy silenciosas, porque le teníamos mucho respeto. Entraba en la habitación donde estaba “El divino enfermo”, que era muy oscura y había una lamparita encendida. Se ponía de rodillas, oraba un ratito con mucho fervor y recogimiento y luego seguía a la enfermería y visitaba a todas las enfermitas. Esto lo hizo muchos días, sin que jamás nos dijese nada de por qué la seguíamos. Regularmente, ella haría todos los días esto; pero nosotras sólo unos cuantos la seguimos ⁹⁸.*

4. LOS ÁNGELES

Todos los años se hacía la novena a san Miguel arcángel y, cuando las religiosas iban de viaje, hacían una novena al arcángel san Rafael.

Sor Urbana, manifiesta que, cuando salían a las asistencias, la Madre les decía: *Acuérdate de tu ángel; encomiéndate a tu ángel; o bien: Que el ángel custodio te acompañe ⁹⁹.* Todos los días mandaba rezar un padrenuestro en honor del ángel custodio y recomendaba mucho su devoción.

⁹⁶ Zugasti, p. 164.

⁹⁷ Panedas, p. 274.

⁹⁸ Panedas, p. 275.

⁹⁹ Sum p. 307.

5. LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Con frecuencia rezaba el Viacrucis por las almas del purgatorio. A cada hora rezaba el *De profundis* por los difuntos y mandaba celebrar muchas misas y hacía muchas obras buenas por ellas.

Decía que ofrecieran todas las misas que se celebraban en el mundo por las benditas almas y pedía que el ofrecimiento de obras de cada día que lo ofreciésemos por ellas.

Muchas misas y sufragios los ofrecía especialmente por las religiosas y bienhechores difuntos. También ordenó a todas las hermanas hacer el voto de las ánimas, ofreciendo al Señor todos los sufragios que, en vida o después de la muerte, pudieran ofrecer por cada una. Y cuando moría algún enfermo de las asistencias, hacía aplicar por ellos la misa y comunión.

QUINTA PARTE

LA CONGREGACIÓN AVANZA

1. LA CASA GENERAL

Desde 1860 las hermanas vivían en una casa del paseo de santa Engracia, pero resultaba muy pequeña para las necesidades de la Congregación. En vista de ello, acogieron con gusto la proposición de venta de una casa en la calle Arango, que vendía don José Joaquín de Torres por 14.000 duros. El padre Ángel Barra dio de su bolsillo una entrada de 5.000 duros sin intereses y los otros 9.000 había que pagarlos en tres años con un interés anual del 7%.

Muy contentas se trasladaron a la nueva casa y se consolaban, no sólo por tener espacios más grandes, sino porque ya podían tener culto público y misa diaria en la pequeña capilla. Allí comenzaron a vivir desde 1866.

No obstante, la Congregación empezó a crecer muy rápido y esta Casa también se quedó pequeña y pensaron en la necesidad de construir desde los cimientos una Casa bien distribuida y grande como Casa central o Casa Madre de la Congregación.

Encontraron una antigua fábrica de fundición a un precio muy bajo, apenas 30.000 duros. Monseñor Orberá, obispo de Almería, las animó a comprar ese terreno. El 2 de diciembre de 1876, este obispo compró el terreno y el 22 del mismo mes, lo alquiló a las Siervas. Más tarde autorizó a don Francisco Cubas a vender la propiedad a la Comunidad, lo que se verificó el 17 de junio de 1878.

Para pagar las deudas consiguieron permiso para postular en Madrid y en otras ciudades. El 18 de diciembre de 1880 se colocó la primera piedra de la que sería la Casa Madre de las Siervas. Presidió la ceremonia el obispo de Madrid Monseñor Sancha. Ese día se reunieron en Madrid todas las Superiores de las Casas y allí estuvieron presentes: el fundador don Miguel y los agustinos recoletos, padre Gabino y padre Ángel.

Cuando comenzaron las obras, había 250 obreros. La Madre iba a visitar a los albañiles y carpinteros, y les decía que ella pedía mucho al Señor para que no hubiera ninguna desgracia. Y de hecho no hubo ninguna. Además, los sábados, después de pagarles el jornal, mandaba que les convidaran a comer algo. Y todos estaban contentos y la respetaban y la querían.

El 22 de abril de 1883, con asistencia de las Superiores de las Casas de España, se celebró la solemne traslación de la Comunidad a la nueva Casa,

ubicada en la plaza de Chamberí. Se tuvo una solemne procesión con la imagen de nuestra Señora de la Salud, engalanada con sus mejores vestidos. El padre Ángel presidió la procesión, acompañado de algún otro sacerdote. Todas las hermanas, con velas encendidas, acompañaban la procesión. Iban rezando en voz alta el rosario en todo el trayecto, desde la Casa de la calle Arango. La Casa fue bendecida y al día siguiente el padre Ángel celebró una misa solemne. Quedaba aún por edificar la iglesia.

Ésta se pudo comenzar gracias a los 64.000 reales que dejó en testamento para las Siervas don León Ortigosa. La obra de la iglesia estaba para concluir, cuando se desató el temido cólera morbo asiático en 1885. Durante los meses de mayo a septiembre la peste se llevó miles de víctimas en toda España. La bendición de la iglesia tuvo lugar el 20 noviembre con la asistencia de 28 Superiores, bienhechores y conocidos, presididos por el primer obispo de Madrid-Alcalá, don Narciso Martínez, ayudado por el padre Gabino Sánchez. Al día siguiente, el Nuncio, cardenal Rampolla, acompañado del futuro Benedicto XV, Mons. Della Chiesa, celebraron una misa solemne. En sitio preferencial estuvo el fundador don Miguel. En ese momento la Congregación tenía 30 Casas y unas 300 Siervas. Con motivo de la asistencia de las Superiores, se celebró también el Capítulo general. El obispo nombró como presidente al padre Gabino. Todas eligieron como Regla del Instituto la *Regla de San Agustín*. La Madre Soledad salió elegida nuevamente como Superiora general.

El padre Gabino Sánchez, como comisario apostólico de la Congregación de Agustinos Descalzos de España e Indias, con la autoridad de su oficio y la aceptación de todas las Siervas de María, dirigió una carta a la Madre Soledad en la que afirmaba: *Por el tenor de las presentes y confiados en la divina misericordia, en los méritos e intercesión de María Santísima, nuestra Señora, de nuestro Padre san Agustín, de nuestro protector especial san José, de nuestra Madre santa Mónica, santo Tomás de Villanueva, san Nicolás de Tolentino, santa Rita de Casia, santa Clara de Montefalco y de todos los santos y santas de nuestra Orden y usando de la autoridad de nuestro oficio, unimos y hermanamos al Cuerpo místico de nuestra sagrada religión a los dichos bienhechores (Siervas de María), concediéndoles como a miembros incorporados, la participación de todas las misas, aniversarios y sufragios casi continuos que celebran nuestros súbditos por los vivos y difuntos; de los oficios divinos, oración mental, preces diarias por los bienhechores, disciplinas, ayunos, penitencias, vigiliyas, peregrinaciones, predicaciones, conversiones y de todas las demás obras meritorias que se hacen en nuestra Orden... Dado en Madrid a 24 días del mes de junio de 1886.*

2. APROBACIÓN DE LA CONGREGACIÓN

En 1867 el Papa Pío IX dio el *decretum laudis* (decreto de alabanza) de la Congregación. En 1871 salió de la Congregación sor Salud Sancho y otras 11 Siervas, cinco de ellas profesas. Cinco de ellas obtuvieron el permiso y las dispensas correspondientes del arzobispo de Toledo y fundaron la nueva Congregación de las *Siervas de Jesús*.

El 11 de julio de 1876 el Papa Pío IX aprobó y confirmó como Congregación religiosa a la que hasta ese momento era solamente una Asociación piadosa de mujeres o beaterio.

El año 1879 fue la Madre Soledad a Roma, acompañada de la Madre Josefa Díaz, entonces Superiora de Almería, y de la Madre Esclavitud Sorní. El obispo de Almería, Monseñor Orberá, pagó todos los gastos.

El Papa Pío IX las recibió en audiencia, alentándolas a continuar su labor, indicándoles a la vez la conveniencia de que atendiesen también a la enseñanza de niñas pobres. De ahí tienen origen los asilos que se fundaron.

El Papa no aprobó que las Siervas llevaran tocado de seda negro y ordenó que lo cambiasen y llevaran en adelante toca de hilo blanco. Desde entonces, el escudo de los Dolores, sustituyó el rosario sobre el pecho, y la esclavina ocupó el lugar del escapulario.

El padre Ángel Barra murió el 26 de mayo 1884 a los 74 años de edad. En su testamento dejó a la Congregación de Siervas de María la tercera parte de sus bienes, otra parte para sus sobrinos y otra para la Orden de Agustinos recoletos. Recordemos que en esos momentos estaban suprimidas la Órdenes religiosas y todos los religiosos vivían exclaustros como sacerdotes seculares o diocesanos. A su muerte, fue nombrado de nuevo Director del Instituto el padre Gabino.

Cuando murió el padre Ángel Barra, la Madre se sintió sola y decía: *Oh, Dios mío, todo el peso de la Congregación ha caído sobre mis débiles espaldas.*

A la muerte de la Madre Soledad había 46 casas fundadas; algunas eran hospitales municipales, subsidiados por las municipalidades; otros eran sostenidos con limosnas y suscripciones. La general, Madre Dolores Serrano, con el acuerdo de su Consejo, pidió oficialmente a la Congregación de religiosos permiso para crear en el Instituto una rama de coadjutoras para trabajos de casa. Fue concedido el permiso y se comunicó a toda la Congregación con fecha de 9 de agosto de 1912.

La Congregación está ahora en España, Cuba, Puerto Rico, México, USA, Inglaterra, Italia, Argentina, Perú, Bolivia y Filipinas. En total en el mundo eran el año 2016, 1.500 Siervas de María.

3. LAS SIERVAS Y LOS AGUSTINOS RECOLETOS

Después de la muerte de la Madre Soledad, la nueva Superiora general Madre Josefa Díaz, tenía un carácter fuerte y el padre Gabino, que tanto había hecho por la Congregación y tanto quería a las Siervas se vio relegado, dado que su cargo de Director del Instituto era más bien honorífico, al carecer del respaldo del obispo de Madrid, que deseó actuar directamente en el gobierno de la Congregación. En agosto de 1888, el obispo lo destituyó del cargo, quedando la Congregación bajo la autoridad directa del obispo.

El padre Gabino murió el 20 de enero de 1891 y las relaciones entre las Siervas de María y los agustinos recoletos mejoraron, debido especialmente al traslado de Mons. Sancha, obispo de Madrid, a la diócesis de Valencia en octubre de 1892, pero también al acto de traslación a la Casa Madre de los restos mortales de la Madre Soledad y del padre Ángel Barra con la emocionante oración fúnebre que pronunció el padre Toribio Minguella, agustino recoleto, el 19 de enero de 1893.

El trato familiar entre ambas Congregaciones se mejoró. En 1894 el padre Toribio Minguella fue consagrado obispo en Puerto Rico y prestó un buen servicio a la Comunidad de las Siervas de María, instaladas en San Juan, que habían tenido problemas con el obispo anterior. El padre Enrique Pérez las ayudó con la tramitación en Roma de las Constituciones.

Ambas Congregaciones mostraron deseos de mayor unión y colaboración. Ello se manifestó en el Rescripto de agregación a la Orden agustiniana, que las mismas Siervas solicitaron y que les fue extendido por el padre Tomás Rodríguez, Vicario general de los ermitaños de san Agustín, el 29 de mayo de 1897. En las Constituciones aprobadas al año siguiente (1898), las Siervas adoptaron la Regla de San Agustín y la participación, como terciarias de la familia agustiniana, de sus bienes espirituales y privilegios.

Las buenas perspectivas de colaboración mutua se frustraron, cuando la Superiora general Madre Dolores Serrano, fue en 1907 a Roma para hacer una fundación en esa ciudad. Hubo malentendidos entre ella y el padre Enrique Pérez, procurador entonces de los Recoletos ante la Santa Sede. En 1908 fue elegido el padre Enrique Pérez Vicario general de los agustinos recoletos y, de

1912 a 1914, fue primer Prior general de la nueva Orden de Agustinos recoletos, reconocida como tal por el Papa en 1911. Pero las cosas no mejoraron.

A fines de 1910 las Siervas comenzaron la revisión de sus Constituciones, del Manual y del Ritual con ayuda de los padres jesuitas. En estos documentos se suprime toda mención a la anterior identidad agustiniana.

Sin embargo, la colaboración entre la Congregación de las Siervas y la Orden de Agustinos recoletos nunca ha dejado de estar presente. Y en los diferentes países del mundo y en las ciudades en que ambos están presentes, siempre hay una buena comunicación y colaboración. Ellas nunca pueden olvidar que san Agustín, por deseo de su fundadora, es uno de los patronos de la Congregación y siguen siempre la Regla de san Agustín.

SEXTA PARTE

EL OCASO

1. ÚLTIMA ENFERMEDAD

El 29 de septiembre de 1887 se le declaró a la Madre una pulmonía. Ella dijo: *Ésta es mi última enfermedad... Viendo la gravedad, las hermanas, con el padre Gabino, dispusieron que hubiera junta de médicos, y cuando se enteró nuestra Madre, se opuso, diciendo: “Con lo que debe la Comunidad, ¿van Uds. a gastar más? Dios Nuestro Señor sabe lo que me conviene”. Como las Madres insistieran, rindió su juicio y calló.*

Visitó a la Madre su antiguo confesor el padre Potenciano, y le dijo: “Madre Soledad: ya no haga cuenta que es Superiora; no se ocupe de nada más que de atender a su salud, tomando todo lo que las hermanas enfermeras le den”.

El día 3 de octubre pidió ella misma que se le administrasen los santos sacramentos. Se confesó con el padre José Albanés, que era el confesor ordinario de la Comunidad, y apreciaba y respetaba mucho a la Madre fundadora. El sagrado Viático quiso recibirlo a deshora, para evitar un mal rato a sus hijas, y quiso asimismo, por razón de su mucha humildad, que se le administrase sin aparato ni pompa alguna. Sólo asistieron a la ceremonia las que la velaban y alguna que otra hermana que lo supo. Eran las tres de la mañana cuando recibió a nuestro Señor, y con tanto fervor y tantas ansias lo esperaba, que preguntó varias veces a la Madre Urbana Ros “si venía ya”; ¡tan

largos se le hacían los momentos que le separaban del Amado de su alma! Todo aquel día se le notó un recogimiento extraordinario, y por más que la antedicha hermana le preguntaba lo que sentía, su profunda humildad no le dejaba contestar más que estas palabras: “Estoy abismada en mi poquedad”.

El obispo de Madrid, don Ciriaco Sancha y Hervás, que estimaba mucho a la Madre Soledad, fue a visitarla, y, después de haberla consolado, mandó que toda la Comunidad se le acercase al lecho y, una en pos de otra, le fuesen besando la mano, lo cual enterneció mucho a todas las presentes.

El día 8 ó 9 de octubre se le administró la extremaunción. La recibió con gran fervor y recogimiento, contestando con entereza a las preces del sacerdote.

La enfermedad se agravó. Según la enfermera: “Aunque tenía fiebre de 41 grados, no pedía agua si nosotras no se la dábamos, y, a pesar de esa calentura, de los agudos dolores en los costados y de las molestias de los cáusticos aplicados a su cuerpo, siempre la vi alegre y con ansias fervientes de unirse cuanto antes al Esposo divino de su alma. No la vi nunca preocupada por el curso de la enfermedad. Ponía por obra todas las prescripciones de los médicos con completa sumisión, pero abstraída en una oración constante, no fijaba su atención en el estado de su salud”.

Cuando ya se encontró muy mal, dijo a la Madre Josefa Díaz que quería despedirse de la Comunidad, y como la Madre Josefa advirtiese que estaba muy débil, ella, no obstante, manifestó nuevamente su deseo: deseo justo que le fue concedido, pero con la condición de que no debía de fatigarse hablando. A toque de campana se reunió la Comunidad en el aposento de la enferma. La aflicción de todas era grande al ver que perdían a tan virtuosa Madre. Todas lloraban sin consuelo; pero el rostro de la Madre Soledad se mantenía sereno y su mirada fija, ya en unas, ya en otras. Una hermana le dijo: “¡Madre mía, dénos la bendición, como san Francisco a sus hijos!”. Hija mía, respondió la Madre, ¡si no puedo! “Entonces, yo la sostendré”, le respondió la hermana, que no era otra sino la Madre Josefa Díaz.

Y alzando los ojos al cielo y levantando la mano, sostenida por la Madre Josefa, dijo: “Hijas mías, que tengáis paz y unión”. Quiso darles la paz, como Jesucristo nuestro Señor a sus apóstoles. Como él pidió la unión para sus discípulos, también ella pidió al cielo la unión para sus hijas.

Deseaba la Madre Soledad ver antes de morir al padre Gabino, que no estaba en Madrid. “El vendrá antes que yo muera”, dijo ella con toda seguridad. Y así sucedió. El padre Gabino llegó a las ocho de la mañana del día en que la Madre había de fallecer. Aquella mañana, en cuanto amaneció, parecía estar en

agonía, pues le dio una fuerte congoja. Todas empezaron a llorar, porque la querían mucho y veían que las dejaba pronto; luego se despejó un poquito y parecía que estaba encomendándose a Dios. Después habló con el padre Gabino. Éste le aplicó la indulgencia plenaria y la bendición de Su Santidad. El aumento de la fiebre y las lágrimas de sus hijas le decían lo poco que le quedaba de estar en medio de ellas, pero la esperanza de unirse a su Amado la tenía tan contenta y endiosada, que, a pesar de gozar de todas sus facultades hasta momentos antes de morir, nada decía si no se le preguntaba. Esperaba con manifiesta serenidad y alegría la hora de su tránsito al cielo. Su muerte fue tranquila: exhaló con rostro apacible y risueño su último aliento el martes 11 de octubre de 1887¹⁰⁰.

El entierro y funeral fueron muy concurridos, en especial por el pueblo, del que era muy conocida y venerada por sus virtudes, principalmente por su humildad y caridad. El gentío era inmenso. Parece que para este funeral se dieron cita todas las clases sociales: la plaza estaba apiñada, especialmente la parte que da a la Casa-Madre. Fueron acompañando al cadáver hasta el cementerio de San Justo todas las hermanas y el noviciado. Cerraba el fúnebre cortejo una numerosa corona de pobres, porción que siempre fue favorita de la difunta. Presidía el duelo el padre Gabino Sánchez, acompañado del padre Íñigo Narro y de muchos sacerdotes. “Yo pude observar” —escribe la Madre Josefa— la concurrencia numerosísima que asistió, y como no la acompañé, vi después de desaparecer el entierro, los corrillos de gente, sobre todo de pobres, que decían: “¡Murió una santa! ¡Cuántas lágrimas nos enjugó y cuánto nos socorrió!”¹⁰¹.

Murió de pulmonía doble. Su semblante parecía de una persona que duerme. Tenía 61 años de edad. Fue sepultada en el cementerio de San Justo de Madrid a las 4 p.m. el día 12 de octubre.

El 18 de enero de 1893 fueron trasladados sus restos a la Casa central y colocados en la cripta del coro bajo que ahora es la sacristía. El 12 de agosto de 1901 fueron colocados en un nicho de la pared del presbiterio del lado de la Epístola de la iglesia y tiene esta inscripción: *Madre Soledad Torres Acosta, fundadora de las Siervas de María, ministras de los enfermos, 11 de octubre de 1887.*

También los restos del padre Ángel Barra fueron exhumados del cementerio de San Martín aquella misma tarde del 18 de enero de 1893 y transportados, como los de la Madre Soledad, a la iglesia de la Casa Generalicia. Fueron depositados juntamente con éstos en una cripta abierta al efecto en el coro

¹⁰⁰ Zugasti, pp. 364-366.

¹⁰¹ Zugasti, p. 37.

bajo de aquel templo, hoy sacristía, el día 19 de enero de 1893. A la derecha fueron colocados los de la Madre fundadora; a la izquierda, los del Director. Hicieron solemnes exequias. En ellas pronunció hermosa oración fúnebre el R. P. Fr. Toribio Minguella, dignísimo Obispo de Sigüenza.

También los restos del padre fundador, Miguel Martínez Sanz, muerto el 25 de agosto de 1890, fueron exhumados y depositados en la misma cripta de la iglesia de la Casa Madre. Sor Florencia Janer declaró: *Durante el tiempo que el cadáver permaneció en la cripta del coro bajo, la hermana encargada de la limpieza me llamó para ver cómo los restos de la Madre emanaban unas gotas como de licor y de un color como de topacio; algo que yo pude ver, aunque no le di mucha importancia*¹⁰².

En 1927 se hizo otra exhumación de sus restos; y los doctores, Tomás Maestre y Nicasio Mariscal, firmaron el acta el 19 de enero de ese año 1927. Afirman: *La Madre era de baja estatura. Sus huesos finos, delgados, sutiles, que hicieron en ella unas manos pequeñas y unos pies diminutos, acusan un organismo delicado y de poco vigor físico, noción que acentúan los omoplatos pueriles y su tórax estrecho y hasta deformado por curvo esternón saliente. De hecho sabemos que era delicada de salud. Padebió problemas de estómago durante más de 30 años. Además tenía asma y mala vista; y durante bastantes años usó lentes de gruesos cristales.*

2. CURACIONES DESPUÉS DE LA MUERTE

*Sor Ana García llevaba un año enferma y estaba ya para dejar el Instituto. Bajó a la cripta, invocó a la Madre ante sus restos y curó allí mismo. Esto lo vi yo, afirma sor Florencia Larrer*¹⁰³.

*También he visto que el niño Esteban Espinal, al que le habían aplicado un pañuelo que había tocado el cuerpo de la Madre Soledad, de ciego que estaba, recuperó la vista y yo lo vi curado cuando vino a Madrid*¹⁰⁴.

*La señorita Inés Laguidain estaba enferma de tifo y el médico dijo un día que no llegaría al día siguiente. Sor Eulalia Arguilea, que la asistía, tomó unos hilos del vestido que había llevado la Madre y se los dio a beber a la enferma. Se durmió toda la noche. Al despertarse, estaba completamente sana*¹⁰⁵.

¹⁰² Sum, p. 821.

¹⁰³ Sum p. 882.

¹⁰⁴ Ibídem.

¹⁰⁵ Sum p. 883.

Afirma sor María de la Piedad: *Sé que un cierto Isidoro Echevarría había tenido intención de suicidarse y se había fracturado el hueso temporal por un tiro que se había dado en la cabeza. Su estado físico era muy grave y también el moral, ya que pronunciaba blasfemias y se desesperaba. La hermana que lo asistía le colocó una imagen de la sierva de Dios en su cama y, mezclado con el alimento, le hizo tomar un pequeñísimo pedacito de tela, que había tocado el cuerpo de la Madre. A los pocos días cambió su comportamiento, se confesó, comulgó y, a partir de ese momento, fue un buen esposo, padre y buen cristiano*¹⁰⁶.

*Josefa Paris Casamada sufría de litiasis biliar y llevaba seis semanas, sufriendo horribles dolores con vómitos continuos. La religiosa que la atendía invocó con fe a la Madre y la enferma comenzó a tomar los alimentos y se sintió curada*¹⁰⁷.

*En Mérida (Yucatán-México) la señora María Duarte llevaba 25 años leprosa y una noche en que no pudo asistirle la Sierva de María, que acostumbraba a ayudarle, se le apareció la Madre Soledad, a quien ella nunca había conocido, y le dio las medicinas con toda ternura, asegurándole que se curaría. La enferma pasó la noche tranquila. Al día siguiente manifestó que había sido asistida por una religiosa y, al ver el retrato de la Madre, pudo decir: “Ella era la que me visitó y me asistió en la noche”. Y se curó*¹⁰⁸.

El padre Nicolás Díaz afirma que su hermana Josefa Díaz al despedirse de algunas religiosas que se embarcaban para América, se cayó en la barca que la llevaba a tierra. La llevaron a Madrid, pues tenía falta de respiración, intermitencia cardíaca y el ritmo Shnedey stock, signos de próxima muerte. *Al verla así le administré los últimos sacramentos y le recé la recomendación del alma. Después algunas hermanas le aplicaron un pedacito de tela que había estado en contacto con el cuerpo de la Madre. Se reanimó de repente y dijo: “En este momento me siento muy bien. Nicolás, ya no me muerdo. Vete a descansar”. En pocos días, quedó totalmente sana*¹⁰⁹.

Una novicia, sor Ana, llevaba seis años con una enfermedad que no se curaba a pesar de los medicamentos que tomaba. Por esta causa pensaban en no darle permiso para profesar. Pidió que, al menos, le permitieran hacer una novena a la Virgen de la Salud por intercesión de la Madre Soledad para pedir su curación y, si se curaba, quería ir de misionera a América. Al tercer día de la

¹⁰⁶ Sum p. 890.

¹⁰⁷ Sum p. 891.

¹⁰⁸ Sum p. 893.

¹⁰⁹ Sum pp. 900-901.

*novena, se encontró totalmente curada y, cumpliendo su promesa, pidió a la Madre general que la enviase a Puerto Rico. Y allí fue*¹¹⁰.

Don Manuel Rodríguez certifica: *Un señor de Pozuelo tenía cáncer en la garganta. Lo atendieron las Siervas de María, sor Buen Consejo y sor Exaltación, pero se resistía a confesarse hasta que trajeron una reliquia de la Madre y la colocaron bajo su almohada. Al día siguiente, el mismo enfermo pidió confesarse*¹¹¹.

Sor Fernanda Iribarren certifica: *Sor Lucía Santiago llevaba varios años postrada en cama con tumores y su estómago no retenía ningún alimento, hasta que un día, después de encomendarse a la Madre, a las cinco de la mañana, pidió el hábito y bajó a la capilla, porque estaba completamente curada*¹¹².

La misma sor Lucía Santiago certifica: *Recientemente conseguí por intercesión de la Madre que un hombre se confesará después de 48 años que no había querido ver a ningún en sacerdote. También conseguí que dos esposos se casaran por la iglesia, después de estar conviviendo más de diez años, y que él se confesara en los últimos momentos de vida*¹¹³.

3. BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

Los dos milagros aprobados para su beatificación fueron la curación instantánea y perfecta de sor Lucía Santiago Allende de una grave úlcera gástrica crónica y de una osteoperiostitis tuberculosa del ilíaco izquierdo; y de la niña María Pura Martínez Guzmán, radicalmente sanada de una otitis purulenta bilateral crónica.

La ceremonia de la beatificación, que resultó solemnísimas debido a una inmensa muchedumbre de peregrinos venidos de todas partes del mundo, fue celebrada en la Basílica Vaticana el día 5 de febrero del Año Santo de 1950 por el Papa Pío XII.

Los milagros para su canonización fueron la curación de modo instantáneo, del niño Manuel Arribas Matesanz, que padecía hernia inguinal derecha estrangulada con síndrome oclusivo, deshidratación y estado tóxico; e igualmente la curación perfecta e instantánea de la señora Petrona Peñaranda de Reinaga, que sufría de vólvulo y necrosis del ansa sigmoidea.

¹¹⁰ Sum p. 910.

¹¹¹ Sum p. 912,

¹¹² Sum p. 881.

¹¹³ Sum p. 121.

El Papa Pablo VI pronunció solemnemente la fórmula de canonización el 25 de enero de 1970 con estas palabras: *En honor de la S. Trinidad para exaltación de la fe católica e incremento de la vida cristiana, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los santos apóstoles Pedro y Pablo y la nuestra, tras madura deliberación y petición instante de la ayuda divina y por consejo de muchos hermanos nuestros en el episcopado, declaramos y definimos Santa a la beata Soledad Torres Acosta y la agregamos al catálogo de los santos. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

CONCLUSIÓN

Después de haber leído la vida de santa María Soledad podemos exclamar llenos de admiración: *Bendito sea Dios por sus maravillas*. Realmente que la vida de esta hermana nuestra está llena de sorpresas. Ella guió a la nueva Congregación recién fundada hasta la madurez. Ella fue en ocasiones portera, maestra de novicias, visitadora y Superiora general.

Todas las que la conocieron resaltan el hecho de que era como una madre para con ellas. Con su ternura y delicadeza se preocupaba de cada una y las atendía personalmente, cuando estaban enfermas, y las curaba con sus propias manos.

Su fe en la providencia consiguió que Dios derramara mucho dinero en sus manos, a veces cuando no tenían ni para comer, y para poder realizar sus obras y fundaciones. Ciertamente muchas de esas intervenciones divinas fueron realmente milagrosas. Nunca quedó defraudada en su confianza en Dios, aunque no pocas veces la hacía esperar hasta el último minuto.

Las autoridades civiles que, con frecuencia, fueron hostiles a la Iglesia, supieron respetarla por su labor social y hasta la apoyaron. Las autoridades religiosas reconocieron su labor y la Iglesia ensalzó a su Instituto y aprobó su ministerio como una nueva forma de apostolado, aceptando a su Congregación dentro de la Iglesia.

La Congregación, dentro de los vaivenes de los tiempos modernos, sigue con su misión, consiguiendo la salud y la salvación de muchos enfermos.

Te deseo, amado lector, que la Madre Soledad te cuide en tus últimos momentos. Invócala en unión con san José, patrono de los moribundos, y verás las maravillas de Dios.

Que seas santo. Este es mi mejor deseo para ti.

Tu hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Piedad, *Santa María Soledad Torres Acosta*, Roma, 1969.
- Ayape Eugenio, *Las siervas de María y los agustinos recoletos*. Boletín de la provincia de la Candelaria de la Orden de Agustinos Recoletos, 1929, *Cartas de santa María Soledad Torres Acosta*, Colección preparada por el padre Eugenio Ayape O.A.R., Madrid, 1970.
- Federici Emidio, *La beata Maria Desolata Torres Acosta, fondatrice delle serve di Maria*, ministre degli infermi, Roma, 1950.
- Javierre José María, *Soledad de los enfermos*, BAC, Madrid, 1973.
- Matrit. Beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae a Solitudine Torres Acosta, Positio super virtutibus, Roma, 1934.
- Matrit. Beatificationis et canonizationis... Nova Positio super virtutibus, Roma, 1937.
- Minguella Toribio, *Memoria acerca del origen, desenvolvimiento, beneficios y estado de las Siervas de María*, Madrid, 1889.
- Minguella Toribio, *Oración fúnebre de la M. Soledad Torres Acosta y del padre Ángel Barra O.A.R., pronunciada en la iglesia de las Siervas de María de Chamberí*, el 19 de enero de 1893.
- Pablo VI, decreto *Quae Paulus*, de canonización, 25 de enero de 1970.
- Pablo VI, Homilía en la canonización de la beata Soledad torres Acosta, 25 de enero de 1970.
- Panedas Pablo, *Con María junto a la Cruz*, BAC, Madrid, 1984.
- Pío XI, decreto *Apostolus et evangelista Ioannes* sobre las virtudes heroicas de M. Soledad, 23 de enero de 1938,
- Pío XII, decreto, *Quandoquidem aeterno*, de beatificación, 5 de febrero de 1950.
- Prado Germán, *Madre Soledad*, Madrid, 1953.
- Santa María Soledad vista por sus hijas. Declaraciones de las religiosas contemporáneas*, Roma, 1984.
- Siervas de María, *Apuntes historiales*, Roma, 2001.
- Villapadierna Isidoro de, *Maria Desolata Torres Acosta*, Biblioteca sanctorum XII (1969), pp. 631-632.
- Zugasti Juan Antonio, *La M. Soledad Torres Acosta*, Ed. Secretariado trinitario, Salamanca, 1978.

&&&&&&&&&&&&&